

José Luis Peset y la historia social de la ciencia

Julio Mateos Montero
Fedecaria-Salamanca

“Cuantas más cosas arrancamos a la naturaleza gracias a la organización del trabajo, a los grandes descubrimientos e inventos, más creemos, diría yo, en la inseguridad de la existencia. Parece que no somos nosotros quienes dominamos las cosas, sino las cosas las que nos dominan. Ahora bien, esta apariencia subsiste porque algunos hombres, a través de las cosas, dominan a los restantes hombres [...] Si queremos aprovecharnos en tanto que hombres de nuestro conocimiento de la naturaleza, hay que añadir a nuestro conocimiento de la naturaleza, el conocimiento de la sociedad humana...”

Bertolt Brecht¹

Introducción donde se presenta a J. L. Peset y las intenciones del que suscribe

Por la propia formación en la juventud y por motivos de profesión pedagógica más tarde, desde hace muchos años tuvimos gusto y afición por la historia de la ciencia². Sin embargo, no sospechábamos las dimensiones y el desarrollo que este ramo del conocimiento ha adquirido en España hasta que emprendimos el presente trabajo y nos aproximamos a su gestación y producciones a través de la obra de José Luis Peset. Al igual que tantos otros ciudadanos éramos víctimas (y culpables) de una marginación académica y educativa que la historia de la ciencia ha padecido en nuestro país y que se proyecta, incluso, en una raquítica vertiente divulgativa. Para transmitir, ahora, el renovado entusiasmo por el tema lo mejor será comenzar por una breve presentación, hecha a grandes trazos, de nuestro personaje y de su obra. Quedan así dichos, de entrada, de quién y de qué asuntos habremos de tratar, abriendo las compuertas por donde han de fluir luego las siguientes páginas.

Así, para arrancar con una afirmación general y contundente diremos que José Luis Peset Reig es el más significado introductor de la *historia social de la ciencia* en España. Nació en Valencia en 1946 y pertenece a una familia en la que hubo y hay una nutrida presencia de médicos, historiadores, médicos-historiadores, profesores universitarios y, en general, profesionales que heredaban una bien conocida tradición liberal-democrática encarnada en lo que en algún momento se llamó *fuerzas de la cultura* o acervo en el que Carlos Lerena situaría el *ethos* de las clases medias cultivadas³.

J. L. Peset supo aprovechar y encauzar desde la juventud la influencia de ese ámbito familiar, especialmente la de su hermano Mariano y de su primo Vicente Peset Llorca; influencia que se vio muy pronto reforzada o enriquecida con el estímulo de otras destacadas figuras de la historia de la medicina y la historia de la ciencia hispanas, como José María López Piñero, Luis García Ballester, Luis Sánchez Granjel, Pedro Laín Entralgo o Agustín Albarracín... De hecho, hay una relación cruzada, personal e intelectual, entre estos autores y otros, la cual invita a una interesante reflexión sobre la complicidad en la socialización y generación del conocimiento, sobre la fuerza de la amistad e incluso del afecto entre determinadas mini-comunidades aunadas por similares inquietudes intelectuales. También induce a reflexión sobre los mecanismos de propagación horizontal y de continuidad en el tiempo, a pesar de convulsiones y rupturas de diversa índole que han atravesado España en el siglo XX. Esas relaciones de amistad, familiares y académicas, están, incluso, implicadas en la constitución de tramas institucionales que han sido muy importantes, tanto en el desarrollo de la historia de la me-

dicina como de la historia de la ciencia más tarde. A ellas pertenecería la que terminó por vincular el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y la Universidad de Valencia y que derivó en la creación del importante Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, fundado, en 1985, por López Piñero⁴. Digamos que José Luis Peset estuvo desde su juventud en directa relación con una generación de historiadores de la medicina e historiadores de la ciencia, de dentro y de fuera del CSIC. Generación que heredaba tradiciones anteriores a la guerra civil vinculadas especialmente a la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE), como la del matemático Julio Rey Pastor (1888-1962) o la del arabista José M^a Millás Vallicrosa (1897-1970)⁵.

Aunque J. L. Peset se doctora en Medicina y Cirugía en la Universidad de Salamanca en 1972, en ese momento ya rondaba por su cabeza dedicarse a la historia de la medicina⁶, de la psiquiatría y de la ciencia, parcelas que en la misma década de los setenta ya abordó en distintas publicaciones, solo o en colaboración con otros autores (ver bibliografía). No obstante, el tema de su tesis doctoral, la historia de la institución universitaria (centrada en ese primer trabajo académico en las reformas ilustradas de la Universidad de Salamanca: *La enseñanza de la Medicina en Salamanca durante el reinado de Carlos IV*) será recurrente en la obra de José Luis Peset tal como se pone de manifiesto en los seminales trabajos dedicados al *alma mater* hispana de tiempos pretéritos en colaboración con su hermano Mariano, los cuales constituyen una aportación documentadísima y renovadora, imprescindible no sólo para la historia de la Universidad⁷ sino, en general, para la historia de la educación y de la cultura españolas.

Concluiremos esta primera aproximación biográfica del profesor Peset en pocas líneas, acudiendo, por un momento, al estilo de las semblanzas que son más propias de enciclopedias o de un convencional *currículum vitae*. Una breve concesión a la eficacia que hacemos un poco forzados.

Después de doctorarse, José Luis Peset va a trabajar con Pedro Laín en el CSIC (pri-

mero como colaborador y como investigador) y en esta institución permanece, desde 1986 hasta el presente, como Profesor de Investigación de su Instituto de Historia⁸. Fue director del Departamento de Historia de la Ciencia de dicho Instituto de Historia y coordinador del área de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC. Estuvo en los comienzos y fue promotor en 1976, junto a otras personas, de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia (SEHC) que al año siguiente empieza a editar su revista *Llull*, la cual contiene en sus páginas una sustanciosa muestra de las aportaciones españolas desde la transición democrática hasta el presente, un tiempo que, por diversas circunstancias, podríamos considerar el de la generación de José Luis Peset⁹. También ha participado en la Sociedad Española de Historia de la Medicina y otras sociedades similares en Latinoamérica. No ha quedado, por tanto, exento de las tareas organizativas, de gestión y coordinación, de creación en definitiva de tejido institucional en su campo, como fue el llevar el Programa Movilizador del CSIC *Relaciones científicas y culturales entre España y América*¹⁰. Éste es uno de los dieciséis proyectos de investigación en los que J. L. Peset ha participado, apareciendo, primordialmente, como investigador principal en aquellos que trataban sobre relaciones culturales y científicas entre España y América. Diversos cargos, tareas y publicaciones dan idea de una dilatada y fructífera vida como investigador, más productiva de lo que es habitual pues la actividad investigadora de J. L. Peset comenzó muy tempranamente. En dicha producción se acumulan casi tres decenas de libros, cerca de ciento cincuenta capítulos de libros y un número de artículos en revistas científicas muy difícil de precisar, pero que son muchos en cualquier cálculo (la selección bibliográfica que se incluye después da una idea de las dimensiones cuantitativas y entidad del conjunto de la obra). Ha sido profesor en las Universidades Autónoma y Complutense de Madrid, realizado estudios y participado en seminarios, conferencias y congresos en Europa y América. Ha sido director de la revista *Asclepio*¹¹, también de *Llull*, y miembro de los consejos editoriales de *Dinamics*, *Frenia* (*Revista de*

Historia de la Psiquiatría), *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, *The Journal of Medicine and Philosophy*, *Humanitas*, *Revue Sociologie Santé*, entre otras. La última distinción que ha recibido es su nombramiento como presidente del *Bureau del Comité Internacional de Ciencias Históricas*, en septiembre de 2005, siendo el primer español que ocupa dicho cargo en la prestigiosa institución encargada de organizar congresos internacionales de historiadores.

Salvada con estas últimas líneas la necesidad de un sencillo perfil introductorio de nuestro personaje, podemos pasar a consideraciones valorativas y analíticas de su trabajo.

Sólo con la obra publicada del primer cuarto de su vida intelectualmente productiva (la década de los setenta) se aprecian unos rasgos característicos de José Luis Peset que, con el tiempo, se irán ampliando y desarrollando.

En primer lugar nos llamó la atención una sana proclividad al trabajo en equipo (que en aquellos años no era cosa frecuente). Lo ejerce con personas muy allegadas, como su hermano Mariano Peset o Elena Hernández Sandoica, con amigos y colegas que cultivan las mismas disciplinas u otras diferentes. Así, J. L. Peset ha forjado una obra, con mucha frecuencia, mediante el trabajo colegiado y colaborativo. Es decir, con un proceder que también nosotros cultivamos con cierto empeño y que, con todas sus dificultades, contiene potenciales siempre por explotar, porque, además, la labor en equipo no impide, sino que por el contrario azuza y fortalece, el esfuerzo solitario e individual¹². Como ejemplo expresivo de trabajo en equipo que repercute en visiones superadoras del especialismo, cabría citar *Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa*, una obra de juventud o, si se quiere, de primeriza vocación para el trabajo interdisciplinar (Peset, J. L. *et al.*, 1977a). Un médico e historiador (J. L. Peset), un matemático e historiador de esa materia (Santiago Garma) y un contemporaneista (Sisinio Pérez Garzón) acuerdan unir esfuerzos, al calor de la naciente Sociedad Española de Historia de la Ciencia (SEHC) y animados por la experiencia e inquietudes compartidas, buscan y consiguen

con notable éxito una historia integrada donde se descubre la trama formada por las condiciones socioeconómicas, ideológicas y políticas, la ciencia y la técnica, la cultura y la educación en el proceso de la revolución burguesa de la España decimonónica, sin olvidar la acción de profesionales e instituciones. Es, fundamentalmente, un libro de historia de la educación, con enfoques muy novedosos para la época y escrito por personas externas a un campo frecuentado, principalmente, por pedagogos e historiadores de la educación¹³.

En estrecha relación con lo anterior hay que mencionar la tarea de traspasar fronteras disciplinares, requisito imprescindible para una historia social de la ciencia (y muy deseable en prácticamente todo cultivo del conocimiento). J. L. Peset se mostró siempre bien dispuesto a plantearse incursiones en disciplinas diferentes, problemas de campos distintos, aunque dentro casi siempre de una perspectiva histórica que estudia la naturaleza social de la cultura y el conocimiento desde la problematización del presente. Por citar algunos temas, sin ninguna precaución sistemática: la institución universitaria, la ciencia y la técnica en Iberoamérica, la psiquiatría, la medicina legal, la enfermedad epidémica, la función de la ciencia en la marginación social, la institucionalización de la ciencia y de la técnica, la salud pública, entre otros.

Una tercera cualidad de la que se beneficia la historia de la ciencia cultivada por J. L. Peset es la minuciosidad y afinado fundamento heurístico con los que exprime fuentes de distinto tipo para construir una genealogía de los problemas tratados. Aludimos explícitamente al carácter genealógico de algunas de sus obras, sin temor a que se hagan apresurados juicios que, de pronto, pudieran convertir a Peset en un autor foucaultiano. Habremos de aclarar tal aspecto de inmediato. Desde sus primeros textos el autor deja constancia de un trabajo empírico especialmente minucioso, extensamente documentado desde fuentes primarias y secundarias, un trabajo, precisamente, digno de aquel proceder que M. Foucault atribuyese al genealogista: "La genealogía es gris; es meticulosa y paciente-

mente documentalista. Trabaja sobre sendas embrolladas, garabateadas, muchas veces reescritas¹⁴. Coincidimos con Rafael Huertas¹⁵ en que una obra con ese nítido sabor genealógico es *Ciencia y marginación: negros, locos y criminales* (Peset, J. L., 1983b). Siendo una de las lecturas con las que más hemos disfrutado en estos últimos meses y por la luz que puede dar a este ensayo, pide una apretada síntesis.

Ciencia y marginación desvela la contribución de las comunidades científicas del siglo XIX al establecimiento de diferencias entre los grupos humanos (negros, locos y criminales) que serán objeto de discriminaciones y opresión. El morfologismo determinista, el imperante cientificismo de la época no fueron independientes de los procesos de expansión colonial y desarrollo del capitalismo, pues con las ideas científicas aceptadas como verdad se legitimó la inferioridad de sujetos en un orden jerárquico conveniente a la sociedad industrial. Insinuado muy escuetamente el contenido volvamos al carácter genealógico de la investigación. Para escribir la obra Peset llevó a cabo una rigurosa investigación que pone bajo sospecha la solidez de la *verdad interna de la ciencia* y desvela su vulnerabilidad (o dependencia) ante las fuerzas complejas, contrarias y cambiantes de los contextos (económicos, sociales, políticos, ideológicos, religiosos...). Tomemos el surgimiento de la medicina legal y su correspondiente campo profesional siguiendo *Ciencia y marginación* (aunque es asunto estudiado por Peset en distintas investigaciones). Diversas versiones próximas a la del poseído dominaban durante la Edad Media la identidad del loco del cual se encarga la Iglesia. En el s. XVIII, con el absolutismo, aparece la idea de peligrosidad social (reclusión en los llamados hospitales generales) y, luego, con los reformadores médicos, la del enfermo que necesita tratamiento. En el siglo XIX la medicina y el derecho, como dos caras de una misma moneda, encuentran sus espacios de saber y poder en la constitución de la medicina legal y en la regulación de la locura. Primero, en la Revolución Francesa, el médico F. M. Fonderé crea el campo de la medicina legal, surge el médico como experto que intervie-

ne en los juicios no ya como testigo excepcional sino como experto que determina el dictamen judicial. Pinel está en el origen del asilo en la era positivista. El médico ejerce en el asilo como juez y represor: condena, recluye, castiga, cura... en el asilo el médico es el rey (es importante el hecho que recuerda J. L. Peset: las penas privativas de libertad son más bien cosa del derecho moderno). La simbiosis de médicos y juristas tiene un momento especialmente boyante a finales del siglo XIX, con Cesare Lombroso y la escuela criminalista italiana. Poco a poco se rompe el mito roussoniano del buen salvaje. Cada vez más la locura (como la tuberculosis) va siendo una cosa de pobres, de delincuentes, de envilecidos marginados y no cosa (como en otro tiempo lo fue) elegante y literaria de clases burguesas. Las relaciones entre médicos y jueces no fueron, desde luego idílicas, pues –como demuestra Peset– reiteradamente estos dos campos de saber y poder compiten y se niegan mutuamente, al tiempo que forjan la moderna medicina legal. La posibilidad de locura parcial como eximente, la locura moral (*moral insanity*), la somatización de la enfermedad mental, el cerebro como un bloque total, la capacidad de distinguir el bien y el mal mediante la aplicación del *test of right and wrong*, son algunas de las cuestiones debatidas en el XIX, durante la constitución de la medicina legal. Los médicos señalan una y otra vez el carácter científico y novedoso de sus conocimientos frente a las resistencias de los juristas anclados en viejos procedimientos y códigos. Y, así mismo, es recurrente la queja sobre los abogados, más atentos a ganar la causa que al descubrimiento de la verdad, para lo cual no dudarían en ridiculizar al experto médico públicamente con triquiñuelas y trampas durante el interrogatorio.

Como decíamos, en *Ciencia y marginación* nos encontramos ante un ejemplo de rigor en el trabajo de archivo que se sitúa en los antípodas de la imagen que, desafortunadamente, han contribuido a propagar determinados usos –“fáciles”, “de catecismo”, como dice López Piñero– del discurso foucaultiano. Quien se ha ocupado, como lo ha hecho Peset, de la psiquiatría y de la medicina legal como creaciones socio-históricas, pro-

ductoras de saberes y poderes, y especialmente en estudios relacionados con la locura, la delincuencia y otros grupos fuera de la norma, forzosamente han de ver en Michel Foucault una referencia insoslayable; preciso es reconocer que, en ese terreno, el pensador francés marca un antes y un después. Ello no quiere decir, ni mucho menos, que se pueda adscribir o identificar la obra de José Luis Peset a una corriente de pensamiento determinada. Él ha recogido distintos útiles teóricos mediante una amplia formación y una mente abierta para ponerlos a disposición de su trabajo de la forma que resultase más oportuna¹⁶.

Aún quedarían algunos rasgos en la obra de José Luis Peset que han ejercido como fuerzas de atracción para nosotros y que podrían englobarse bajo el rótulo de una historia social de la ciencia de raigambre crítica. Corren tiempos en los que es necesario aportar, al menos, las razones que nos llevan a reputar tal o cual obra, tal o cual pensamiento de "crítico". En nuestro caso lo es, porque Peset ha contribuido de forma muy notable a desmontar el mito de la ciencia como una cierta y segura acumulación de saberes que progresan en la única senda de la verdad positiva, así como a combatir la falacia de una historiografía de la ciencia que presenta la esforzada aventura de genios individuales, desinteresados buscadores de la verdad. Es decir, se ha opuesto a la complaciente concepción teleológica del progreso histórico, lo cual implica "deseternizar" las verdades de la ciencia, huir de todo presentismo al hacer historia de la ciencia y, también, tener muy en cuenta la recepción de las ideas científicas y filosóficas en contextos distintos a los de su producción¹⁷. Cuando no se escruta el pasado con estas precauciones olvidamos los factores históricos que condicionan la producción, difusión y recepción de todas las manifestaciones culturales, estamos abocados al presentismo y otorgamos a los científicos de otro tiempo intenciones y significados que, muy erróneamente, parecen aportaciones a una especie de doctrina suprahistórica, preexistente. Pero, al tiempo, "es preciso situar de un modo global al lector como productor de significado dentro de su contexto histórico [...]. De este modo

podríamos reclamar, [...] una historia de la ciencia o del pensamiento desde el punto de vista del lector de cada época" (Peset, J. L., 1983a, p. 15). Es decir, conviene aplicar, por un lado, un enfoque genético-sociológico que nos proteja del presentismo y, por otro, una metodología de la recepción mediante la cual apreciaremos las peculiares formas en que cada autor e idea fue percibida en uno u otro lugar y tiempo. Así mismo, atendiendo a la recepción de la ciencia nos encontramos con autores, prácticamente olvidados en el presente, que en su tiempo influyeron con fuerte impacto.

Dichas previsiones metodológicas, al lado de un compromiso ético nada complaciente con los triunfadores, han inducido a J. L. Peset, al menos en una parte de su obra, a ocuparse de una historia de la marginación en un doble sentido. Tanto de los marginados en distintos contextos sociales por su condición de pobres, de esclavos, de delincuentes, de apesados, de locos, etc., como de la marginación que la misma historia de la ciencia y del pensamiento ha construido respecto a los heterodoxos, a los excluidos de la nómina de autores que la ideología dominante elabora y legitima para que sean recordados. En 1983 (un año especialmente productivo en nuestro autor) aparecen dos obras que, respectivamente, se ocupan de los excluidos en este doble sentido: la ya mencionada *Ciencia y marginación: negros, locos y criminales* y *De la alquimia al panteísmo. Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX*. Este último libro¹⁸ (Núñez y Peset, J. L., 1983a) se compone de sustanciosos estudios críticos, a propósito de una antología de textos de siglo XVIII y XIX de autores que no han sido reconocidos en los cánones de la ortodoxia sino que por el contrario hoy son "ampliamente desconocidos", es decir: marginados por causas políticas y/o religiosas. Parece que J. L. Peset y D. Núñez hubiesen seguido el acertado consejo de Josep Fontana que leímos hace poco tiempo y que recomendaba usar la nómina de heterodoxos de Menéndez Pelayo para orientarnos en lo que merece la pena ser leído. Mediante este tipo de estudios se desvelan los criterios externos que no sólo condicionaron la producción intelectual en

su momento sino que dictaron la selección de lo que se consideraba legítimo de ser recordado. Es decir, los motivos del juego de memoria y olvido con los que también se construye la historia de la ciencia y el conocimiento. También la condición de olvidados les ha sobrevenido por la depuración que la historiografía dominante realiza a la hora de conformar un relato positivista, elitista e individualista en el que la ciencia y las ideas han recorrido una heroica marcha triunfal hasta el presente sobre las espaldas de grandes personajes, de “ilustres genios que marcharían sin descanso por una senda única, camino de la «perfección actual»” (ob. cit., p. 14). Se procede aquí a rescatar esos textos y la intencionalidad de sus autores en el momento que se escribieron. Recurrir, recuperar o glosar a estas figuras de la marginación es un ejercicio no sólo imprescindible para hacer frente a ese elitismo del sujeto de la historia, sino que pone freno a la frecuente práctica de análisis del pasado con las miradas del presente, como si el saber de hoy ya estuviera latente en los autores pretéritos. Por el contrario se trataría de analizar sus aportaciones en función de los problemas que tenían planteados en su tiempo. Los autores señalan (también aquí) su interés en superar la explicación internalista en el estudio del pasado cultural, siendo imprescindible la consideración de las condiciones históricas en la producción, difusión y recepción. Dicen respecto al fenómeno de la recepción:

“Hoy día, junto al enfoque genético-sociológico, es conveniente ponderar las recientes aportaciones de la metodología de la recepción, que nos procurará la sorpresa de descubrir cómo textos hasta ahora despreciados fueron mucho más leídos y tuvieron mucha más repercusión que algunos otros considerados hasta hoy como hitos esenciales de nuestra historia”.

Dentro de la misma problemática han de señalarse unas consideraciones de J. L. Peset y D. Núñez obtenidas a la luz de los discursos de aquellos heterodoxos olvidados por los oficios del rampante vaticanismo conservador e hispano, y que deberían llamar la atención de los que cultivamos la historia del pensamiento y de la pedagogía. Una

serie de autores heterodoxos del liberalismo decimonónico desarrollan un pensamiento filosófico-religioso-social de claras connotaciones armonicistas, panteístas, racionalizadoras de la idea religiosa, con proyección a la vida práctica¹⁹. Esta creación, en muchos aspectos original y autóctona, recuerda al krausismo, aunque se produce antes de la recepción de Krause en España, con independencia del pensador alemán. Una especie de “krausismo sin Krause”. Núñez y Peset exponen cómo esa corriente de pensamiento se adapta muy bien a las condiciones culturales del liberalismo hispano. Dado el erial cultural que era España, importar ideas se veía como una exigencia. Y puestos a ponerse al día mediante esa tarea importadora, fue preciso hacerlo de la forma más “económica” y rápida. Por tanto, Sanz del Río no importa cualquier cosa sino, precisamente, aquello que sintonizaba con las necesidades y posibilidades teóricas del liberalismo de la época (ob. cit., p. 327). Pero hay diversas lecturas, tanto de Krause como de otros autores y no es lo mismo el Krause alemán que el español, constatación por la cual Núñez y Peset nos vuelven a recordar la metodología de la recepción.

Aparte de otros hallazgos que aún podrían ponerse de relieve tanto en *Ciencia y marginación* como en *De la alquimia al panteísmo*, en ambos textos ya está presente y patente buena parte de la caracterización de la obra de Peset que hemos hecho hasta aquí. En una y en otra obra el autor se aplica a recoger los cadáveres que la triunfal marcha del progreso científico dejó en la cuneta para ponerlos encima de la mesa. Ésta es, por tanto, una historia de la ciencia no elitista, no individualista, no teleológica, problematizadora del presente y de la ciencia como única e incontrovertible. Es decir, una historia crítica.

Hasta aquí hemos presentado con algún detalle aspectos cualitativos que nos parecen más sintomáticos en la obra de J. L. Peset, yendo un poco más allá del mero enunciado. No obstante, con el desarrollo de los mismos, tirando de esos hilos, bien puede urdirse la trama que reconstruye el largo y fecundo trabajo de investigación que nos ha legado el autor.

Una urdimbre de inquietudes en la que nos cruzamos reiteradamente con el pensamiento de José Luis Peset

Diremos algo sobre los motivos que nos han llevado a plantear este *Pensando sobre José Luis Peset*, pues de ello se derivarán algunas otras cuestiones de interés más general. ¿Por qué la obra de un historiador de la ciencia ha atraído poderosamente la atención de miembros de un colectivo (Fedecaria) que, para mucha gente, tiene como horizonte (y límites) la enseñanza de las ciencias sociales? Posiblemente sea porque José Luis Peset es algo más que un historiador de la ciencia en un sentido tradicional y la Federación Icaria es algo más que un movimiento pedagógico al uso. Para atemperar esta falta de modestia por nuestra parte digamos que todos, sujetos individuales y colectivos, somos productos de nuestra actividad, y que la intensidad de algunas aventuras intelectuales causa, no sin esfuerzo y tiempo, la ruptura con los moldes primeros, con el oficio original y con el conocimiento que nos puso en marcha. Tal vez la progresiva expansión y diversificación del interés intelectual que mueve a J. L. Peset sea un prolongado bucle que va y viene de la historia de la ciencia a la historia de la cultura; y en nuestro caso el motor sea un recurrente ir y venir entre la *historia de la educación* y la utopía razonable de una *didáctica crítica*. El caso es que siguiendo los giros más señalados en el curso de nuestro propio pensamiento, encontramos, sin mayor esfuerzo, cruces o puntos de encuentro con algunas enseñanzas que abundan en la obra del investigador valenciano. Esta coincidencia, como suele ocurrir cuando se trata de esas coincidencias que calificamos de felices, ejerce el favorable efecto de seducción intelectual que mencionábamos unas líneas más arriba.

ConCiencia Social nació como una publicación bastante circunscrita al campo profesional de sus promotores, mayoritariamente profesores de Ciencias Sociales, pero pronto perdió ese carácter (al menos como especialización) y fue ampliando el espectro de problemas y campos temáticos, rompiendo en

continua expansión fronteras disciplinares. Ya en el segundo número de la revista nos acercamos muy modestamente a la historia de la ciencia con una reseña de libros o guía bibliográfica para los profesores que deseaban, por convicciones pedagógicas u otras, tender puentes entre las enseñanzas de las ciencias experimentales y las ciencias sociales²⁰. Nos movía la preocupación por la escisión entre la ciencia y las humanidades. Es decir: el reflejo en la enseñanza del problema y la polémica de *las dos culturas* que con tanta resonancia desencadenara C. P. Snow en 1959²¹. Primer cruce: José Luis Peset hace una temprana lectura de la famosa obra de Snow, y *las dos culturas* se convierte en objeto de sus preocupaciones. Consciente de enfrentarse a un viejo “diálogo de sordos” sin resolver, parece que una de sus ambiciones es llegar a superar tan veterana barbarie de incomunicación entre “las letras” y “las ciencias” y conseguir que, al menos, algunos se reúnan (¡nos reunamos!) para hablar un nuevo lenguaje construido en una versátil *historia de la cultura*.

Mientras un futuro más deseable llega, las virtualidades de la historia de la ciencia en la enseñanza nos siguen pareciendo muy ciertas. Podemos ilustrar ese parecer, a raíz de la propia experiencia docente referida a uno de los más vetustos temas del conocimiento escolar. Siempre tuvimos a la enseñanza del sistema métrico decimal como un caso especialmente desafortunado y desaprovechado, tanto por su tratamiento en las tradiciones prácticas del aula como en los textos escolares. Sin embargo es éste un tema no sólo importante y merecedor de aprender de otra manera (aún hoy se entiende su enseñanza en los mismos términos utilitarios que cuando se introdujo en las escuelas decimonónicas), sino que, con un tratamiento histórico y una adecuada atención didáctica, se llena de sugerencias y nos lleva a no pocos misterios de la vida social y de la ciencia. En términos generales lo que hacíamos con nuestros alumnos era una especie de introducción histórica para contextualizar la arbitraria (aunque muy racionalmente justificada) creación del metro y todas las medidas de longitud, superficie, capacidad y masa que de la unidad fun-

damental se derivan. Explicábamos, claro está, las necesidades y la mentalidad que creaba esas necesidades: la expansión comercial, el orden racional, la universalidad, la inmutabilidad acorde con la naturaleza, los intereses del moderno estado-nación, el centralismo administrativo, las condiciones de precisión de las mediciones, etc. Había por entonces algunas (pocas) obras sobre la introducción del sistema métrico decimal en España que, además, ni llegamos a leer. Procedíamos, como casi siempre, con elaboraciones confeccionadas de retales cuyo origen nosotros mismos no controlábamos. Juan Gutiérrez Cuadrado y José Luis Peset, escribieron no hace muchos años (1997) *Metro y Kilo: el sistema métrico decimal en España*, un breve trabajo que documenta y enriquece con nuevos matices la perspectiva histórica de aquel fructífero consenso, construido con preclaras ambiciones de modernización (aunque la generalización y definitiva consolidación en España de la genial iniciativa francesa se hizo con no pocas dificultades). Al ser J. Gutiérrez un filólogo, conocedor de la historia de la lengua, el análisis lingüístico contribuye a desentrañar la “adánica labor” de los nombradores que hubieron de inventar la nomenclatura de las nuevas unidades de medida; cuestión no menor, pues tras las terminologías se escondían las batallas políticas (nacionalismo/universalismo), pedagógicas, de adaptación a los cambios, etc. Por otra parte, la aventura modernizadora de los criterios e instrumentos matemáticos y físicos de medir es ciertamente complicada. Y tiene, por añadidura, una faceta atinente a la historia del conocimiento escolar, a la historia de la formación del magisterio que está llena de interés. ¿Qué se deduce de esta digresión? En primer lugar manifiesta el interés en relacionar aportaciones de la historia social de la ciencia y el conocimiento escolar, posiblemente mediando la formación del profesorado y otras estrategias. La recepción y difusión del nuevo sistema francés tuvo uno de sus pilares en las escuelas y fue motivo de preocupación política y pedagógica en la erección de nuestro sistema de enseñanza (Gutiérrez y Peset, J. L., 1997). También nosotros hemos estudiado cómo los viejos normalistas como J. Aven-

daño y M. Carderera perseguían la rápida y eficaz difusión de las denominaciones y las tablas de equivalencia acudiendo, incluso, a los medios intuitivos y representaciones de todo tipo. Sin embargo queremos señalar que para maestros (pocos, una ínfima minoría más ilustrada) y pedagogos de mediados del XIX, una buena parte de las circunstancias externas que rodeaban la novedad métrica eran evidentes porque las estaban viviendo, ellos formaban parte del drama y, sin duda, eran concedores de los trabajos de G. Ciscar y otros. No olvidemos que la constitución formal del modo de educación tradicional elitista (ley Moyano de 1857) coincide en la época y forma parte del mismo proyecto político y cultural que trae a España el sistema métrico decimal. Sin embargo, para los muñidores de programas y cuestionarios de enseñanza del presente eso ya no es así; los “orígenes” se han olvidado y la necesidad de enseñar el sistema métrico decimal aparece desproblematizada, sin historia... un asunto en el que cuesta ver las fuertes implicaciones sociales que acompañaron a su invención.

Decíamos, antes del ejemplo, que veíamos el potencial pedagógico de la historia social de la ciencia, y añadimos que eso es así, especialmente, para el desarrollo de una *didáctica crítica*. Entendemos por *didáctica crítica* una actividad teórica y práctica, refractaria a toda tecnología educativa y que no puede pautarse; lo cual no empece para que nos hayamos esforzado en imaginar postulados orientadores, principios que al menos desencadenen esa actividad de pensar y actuar, aunque sabemos que entre ambas dimensiones no hay una armónica coherencia. Pues bien, entre los postulados fedecarianos de esa índole e intención cabe señalar aquí tres de ellos, *pensar históricamente, problematizar el presente e impugnar los códigos pedagógicos y profesionales*. Su significado y relaciones mutuas invita, inmediatamente, a mirar a la historia de la ciencia, más concretamente a la historia social de la ciencia, como un referente inestimable. Claro está que no vale igual cualquier historia de la ciencia. También en este ramo del saber se puede hacer una historia teleológica, donde el relato del progreso y de la heroica aventura de la cien-

cia se ponga al servicio del arsenal de legitimación simbólica de lo que Mills llamaría “símbolos del amo”; un uso del pasado que contribuye a la aceptación complaciente del presente y pretende protegerlo de la heurística de la sospecha y del estilete de la crítica. Generalmente la historia de la ciencia contemporánea fue hecha por científicos imbuidos de la grandeza de la ciencia, y, desde esta perspectiva, la historia de la ciencia servía para resaltar los triunfos del presente tras una larga búsqueda de la verdad. José Luis Peset recoge unas palabras de uno de los más destacados historiadores de la ciencia, George Sarton (1956), quien escribía:

“Si tenemos en cuenta que la adquisición y sistematización del conocimiento positivo es la única actividad humana verdaderamente acumulable y progresiva comprenderemos en seguida la importancia de esos estudios. El que quiera explicar el progreso de la humanidad, tendrá que centrar su explicación en ese quehacer, y la historia de la ciencia, en este sentido amplio, se convierte en piedra angular de todas las investigaciones históricas”²².

No puede decirse con más claridad y más fe. Se encontraría la visión de G. Sarton en lo que J. L. Peset considera enfoque *epistemológico*, que junto al *contextualizador* y el *crítico*, él identifica como las formas de encarar la historia de la ciencia más significadas. El enfoque epistemológico da lugar a una historia internalista, que explica la evolución de la *verdad interna* de la ciencia, siendo prácticamente inevitable que sus practicantes mantengan un apego al objeto de estudio (la ciencia) que suele impedir cualquier distancia crítica del mismo. No obstante, hay que dejar constancia de que José Luis Peset, estando claramente situado en una perspectiva crítica, no exhibe en ningún momento la mínima actitud excluyente, descalificadora de las otras posiciones. Creemos que de esta forma acierta, al reconocer el enorme mérito de un Sarton, de un René Taton²³ o de un Aldo Mieli, entre los autores extranjeros o de los predecesores y maestros del mismo J. L. Peset en el ámbito hispano.

Bien, pues frente a aquella función de la historia de la ciencia que enaltece y sirve a la razón instrumental en la que se desenvuelve la hegemonía de la ciencia, hay “otra histo-

ria” que se hace desde la distancia crítica a la ciencia y a su función social. La historia de la ciencia como conocimiento desmitificador de la ciencia. Segundo cruce: esta perspectiva es análoga a la que nosotros hemos mantenido y practicamos con una historia de la educación (genealogía) que pone bajo sospecha a la misma institución educativa, a la escuela como creación de la era del capitalismo.

Veamos un tercer cruce entre la obra de J. L. Peset y nuestro trabajo. Pensar históricamente equivale a rehacer la genealogía de los problemas del presente y algunas de nuestras tentativas de una didáctica crítica se apoyan en una organización del conocimiento a partir de problemas relevantes del mundo actual. En la mayor parte de los estudios históricos que propone y construye J. L. Peset palpita ese mismo principio. Así puede decirse que la autonomía universitaria, las relaciones entre los estudios superiores y el poder, los límites y alcance de las reformas universitarias, son dilemas del presente que no se ven igual después de conocer los resultados de las investigaciones sobre la Universidad a las que ya hemos aludido. Y otro tanto sucede con temas que ocupan puestos principales en la obra de Peset, como son los múltiples fenómenos de marginación, las radiografías del “fracaso”, que hoy están en carne viva y que forman un conjunto de inabarcables dimensiones. ¿No resultan imprescindible para entender las “razones de su sin razón” estudios como los que hicieron los hermanos Peset sobre la escuela positivista de criminología fundada por Cesare Lombroso o los que se ocuparon de la obra de Phillippe Pinel, como exponente de la fundación del moderno tratamiento psiquiátrico? Esto es así, aunque no podamos desplegar aquí argumentos en apoyo de ese convencimiento²⁴.

Cierto es que la idea de integrar ramas particulares de la ciencia en el análisis histórico y de organizar el estudio a partir de problemas no es nada nuevo y está presente en el primer tercio del siglo XX. Recordamos, en particular, una vieja lectura de la *Historia de la Biología*, del profesor Charles Singer, publicada en Oxford en el año 1931²⁵. Allí se dice que “más satisfactorio que la historia de

una ciencia desde el punto de vista intelectual es, seguramente, el análisis de la historia de un problema." (ob. cit., p. 39). Pero los problemas axiales a los que acude Singer en su manual son, por ejemplo, el mecanismo de la ciencia biológica, la biogénesis y sus consecuencias, y otros del mismo tenor. Es decir: no son los problemas sociales de los que aquí estamos hablando. Singer, como otros muchos historiadores de la ciencia, se mueve en un análisis internalista de la ciencia, y que, en cualquier caso, aísla y preserva la *episteme* de la disciplina de factores externos. Definir un problema como hilo conductor del estudio no es condición suficiente para satisfacer el principio de problematizar el presente. Y de la problematización del pasado tampoco, pues sólo cuando las ideas y realizaciones de la ciencia se contemplan integradas en los conflictos y cambios sociales, las batallas de la ciencia adquieren una dimensión problemática y el conocimiento se desprende de los escuetos cauces del especialismo y de los códigos disciplinares.

Como vemos, las cualidades de lo que aquí entendemos como una historia de la ciencia especialmente provechosa para una pedagogía crítica están estrechamente enlazadas entre sí. Porque ¿cómo evitar o superar esa perspectiva internalista de la historia de la ciencia? Como primera prevención planteamos como imprescindible el diálogo profundo y la colaboración con estudiosos de distintas disciplinas, un procedimiento muy cultivado por J. L. Peset, tal y como dijimos unas páginas atrás²⁶. Incluso hay que reivindicar la competencia personal en distintos campos como ventaja indiscutible para hacer historia de la ciencia. Ella misma es el resultado de un proceso vivo, que, afortunadamente, aún no está cerrado ni prisionero de un estatuto seguro. Y en este proceso han venido participando, sobre todo en los últimos treinta y tantos años, estudiosos de las más variadas especialidades (científicos, historiadores, sociólogos, ingenieros, médicos, juristas, filósofos y un largo etcétera), lo cual ha impreso una tensión en el encuentro y una visión caleidoscópica de la historia de la ciencia altamente positiva. Así se ha manifestado en el producto de fructíferos experimentos de comunicación interdisciplinar

como, por ejemplo, es la obra dirigida por Michel Serres a finales de los años ochenta del pasado siglo²⁷. La Historia de la Ciencia tal y como se concibe desde hace ya bastantes años no es, ni mucho menos, un sumatorio de la evolución de ciencias particulares durante el curso global de la historia. Esa versión falsamente transparente de la enciclopedia histórica de las ciencias es deudora no sólo del cientificismo y de la correspondiente mitificación de la historia lineal, sino que, como dice Serres "supone sobre todo este movimiento retrógrado de lo verdadero que proyecta en el pasado los conocimientos de hoy, de forma que la historia se convierte en una preparación irresistible y casi programada del saber presente" (ob.cit., 12). Advertencia que nos llevaría de nuevo a la necesaria disposición que rechaza el presentismo y de la que ya hemos dicho lo suficiente, para esta ocasión...

Por todo lo dicho se estará en condiciones de evitar toda propensión a visiones teleológicas y acomodadas a una visión triunfal del presente en la medida en que la indagación histórica se realiza en profunda comunicación interdisciplinar, en la que cada especialista se despoja de las corazas de su ciencia particular y también cuando los estudiosos lo son de campos diferentes. En lo que se refiere a nuestros principios sobre la *impugnación de los códigos pedagógicos y profesionales*, no se necesitan más explicaciones de las ya expuestas para ver cómo aparecen concomitancias con la historia social de la ciencia que construye J. L. Peset. Lo cual rotura un cuarto cruce que requiere alguna matización. Dentro de los citados códigos o tradiciones de larga duración se cuentan de forma principal los códigos del conocimiento escolar y los agentes vivos de su conservación y transformación: pedagogos, profesores y maestros. En la correspondencia de analogías que estamos estableciendo, a la historia de la ciencia le toca estudiar las regulaciones de las disciplinas científicas y aquellas otras que se refieren a sus creadores, poseedores o reproductores, los científicos. Bien sabemos que todos esos componentes del saber y del poder tanto en los contextos de producción (el universo de la ciencia) como de su enseñanza institucio-

nal (el universo pedagógico) se han forjado en largos procesos constructivos con diferentes y peculiares ritmos sociohistóricos²⁸. No hay otra manera de ver esos procesos constituyentes que el análisis histórico. Sin embargo, frecuentemente se ha recurrido a establecer un correlato entre la producción de conocimiento científico y su enseñanza en contextos escolares. Nuestras pesquisas sobre esa cuestión subrayan la profunda transformación que sufre el conocimiento científico para convertirse en otra cosa cuando se despliega en el contexto pedagógico, y más aún en la práctica del aula (una *transmutación* alquímica de la que habla Popkewitz)²⁹. Los ámbitos de la ciencia académica y los pedagógicos se sitúan en una distancia que no puede ignorarse, incluso en los estudios de sus respectivas historias. No obstante, tanto en la ciencia como en la pedagogía ha dominado la imagen del árbol que crece con el desarrollo de sus ramas aisladas e independientes. No son pocas las dificultades para romper con esa imagen que ha acabado teniendo el rango de ley natural en la descripción del saber. Pero ese modelo arborescente tiene un tronco unificador y encontró una versión idealista, con posterioridad a Herbart, en el amplio círculo de la Escuela Nueva, que justificó la enseñanza globalizada, el currículo integrado o como se quiera llamar la sustancia de variadas propuestas metodológicas globalizadoras, en una *doxa* tecnicista, de raigambre psicopedagógica³⁰. Una deriva, por tanto, cuyos presupuestos gnoseológicos nada tienen que ver con los enfoques interdisciplinarios que aquí venimos planteando como aspiraciones de la historia social de la ciencia. No podemos desarrollar estos matices, pero sí dejar encima de la mesa una invitación a reflexiones compartidas entre historiadores de la ciencia y pedagogos.

Pero ¿cómo manejar la investigación en una historia de la ciencia con los perfiles críticos que hemos señalado? ¿Cómo escoger, por ejemplo, el objeto de estudio, admitiendo sin ambages que se hace desde un determinado pensamiento, ya que el sujeto y objeto de la investigación están imbricados? ¿Cómo sacudirse de encima el lastre positivista que habla de unas verdades eternas

progresivamente descubiertas, y que reinan “por encima” de la subjetividad humana?

Posiblemente se requieran dos condiciones³¹: honestidad para el rigor intelectual en la investigación y un compromiso ético con la sociedad de nuestro tiempo que lleva a dar la voz negada a los marginados de tiempos pretéritos. Y a ello ha de añadirse un fuerte ejercicio de desapego del objeto de estudio, la ciencia; pues generalmente los científicos que hacen historia de su ciencia tienen con ésta un vínculo muy estrecho, de forma que, al ser la ciencia sometida a sospecha (como lo ha de ser todo régimen de verdad), sienten amenazada el propio sentido de su trabajo, diríamos, incluso, que de su ser.

José Luis Peset lo dice bien clara y sencillamente al hablar de un triple quehacer del historiador de la ciencia (interpretar, contextualizar y criticar). Muchas veces el historiador se ve incapacitado para llevarlas a cabo, lo cual, generalmente es debido a algo:

“La causa creo yo que radica en su dificultad en separarse de su objeto de estudio, con el que se identifica en exceso, tal como ocurría en aquellos escritores píos encargados de loar a algún ilustre y santificable predecesor. Por ello el historiador debe procurar no ser un engranaje más de todo el complejo aparato montado en torno a la producción -y, sobre todo, importación- de ciencia y de técnica. Debe poder separarse y saber que la ciencia sólo lo es tal cuando se encamina a la mejora del hombre sobre la tierra, teniendo, pues, éste como sujeto del conocimiento mucho que decir. Por ello, para poder decir algo sobre la ciencia, es decir sobre el estudio y empleo de las cosas, es preciso conocer tanto o más sobre el hombre que va a disfrutarlas o sufrirlas”. (Peset, J. L., Historia de la ciencia e historia de la cultura. En: *Lingua e Literaturas*, 1987, p. 101)

Pero hete aquí que, cuando el investigador vence los mencionados obstáculos (como el lector habrá deducido requerirá de un ejercicio de distanciamiento consigo mismo) y produce una historia social de la ciencia que cabe en las intenciones y tipología que hemos dicho, va a encontrarse con una audiencia en la comunidad científica que suele darle la espalda y unos historiadores que tampoco van a mostrar especial entusiasmo por esa obra. Este tipo de historia social de la ciencia padece una condena de aislamiento, de rechazo, como si estuviera en un agujero negro del

que pocos mensajes escapan hacia fuera, hacia el gran universo que le rodea (sobre todo el de la comunidad científica). Y en cuanto a la historiografía que no abre las puertas al conocimiento científico habría que recordarle las palabras de Feijoo cuando decía:

“Pero sobre todo lo que hace difícil escribir la historia es que, para ser historiador, es menester mucho más que historiador. Esta, que parece paradoja, es verdaderísima. Quiero decir que no puede ser historiador el que no estudió otra facultad que la historia, porque ocurren varios casos en que el reconocimiento de otras facultades descubre la falsedad de algunas relaciones históricas”. (*Reflexiones sobre la Historia* ³²)

El vértigo de los cambios: entre la esperanza y el sufrimiento

El grueso de las investigaciones históricas de José Luis Peset se ha centrado en los procesos científicos y culturales que tuvieron lugar en el “Siglo de las Luces” y también en el posterior liberalismo decimonónico. Tiempos caracterizados por profundos cambios en los cuales la contradicción, la ambigüedad, la polémica, las rupturas con un mundo que se resiste a desaparecer, son manifiestas invariantes que afectan a las mentalidades y a todas las manifestaciones de la vida social. Ante las novedades, el tiempo se acelera y produce desgarros inevitables:

“Reconocer el cambio es aceptar nuestras heridas. En algunos momentos históricos se vive la novedad de forma patente, pareciendo que el tiempo se acelera para nosotros. En el día de hoy así sucede y lo mismo ocurrió a comienzos del mundo contemporáneo, cuando vertiginosos cambios llevaron al hombre tanta esperanza como sufrimiento”. (Peset, J. L., 1993, p. 13)

La ciencia y la técnica, con sus “nuevos héroes”, se erigen como modelos y diosas rectoras del Universo, de los seres vivos y de la Naturaleza, y hasta de la vida social:

“Pero un amo distinto necesita servidores. De la nueva ordenación social surgían nuevos héroes y también nuevos perdedores [...] Voces notables en la historia se alzaron contra los cambios [...] y otras muchas se levantaron a su favor”. (Peset, J. L., 1993, p. 13).

Los desgarros de la Ilustración los sufre todo el cuerpo social, el campesino que ha de vivir en la gran urbe y trabajar en la fábrica o el clérigo culto que, junto al terrateniente acomodado, es desplazado por el sabio moderno o el rico industrial (ob. cit., p. 14). Este es el panorama que se contempla y escruta en *Las heridas de la ciencia*, una obra relativamente breve pero en la que se recogen notables testimonios de las convulsiones y dilemas que inauguran la ciencia y la sociedad modernas, y en los cuales, de alguna manera, seguimos inmersos. El lector, inevitablemente recuerda el grabado goyesco: *El sueño de la Razón produce monstruos*. Pero en las reflexiones que en esta obra comparecen, sostenidas por una erudición muy importante, no habremos de percibir ni una visión triunfalista de la ciencia y el progreso ni culto alguno a la irracionalidad. Ese planteamiento en dicotomía simple está fuera de lugar en el análisis de J. L. Peset. Él nos muestra los dogmas y dudas tal como eran percibidos por científicos y filósofos sobre todo en Francia (“ojo del huracán del progreso”, podríamos decir) en el XVIII; el doble rostro con que se encaraba el arrollador desarrollo del capitalismo. Es decir, las contradicciones que la racionalidad científica y los cambios modernos llevan inevitablemente desde sus primeras manifestaciones. Desde la hipertrófica y ciega fe en la ciencia de un Pierre L. Moreau de Maupertuis³³ a la cáustica crítica que de la misma hace Voltaire; desde la conocida condena rousseauiana a las ciencias, las artes y las letras como corruptoras del estado natural, etc. a la indignada réplica de las academias; *philosophes* y científicos viven apasionadamente los combates de la ciencia y sienten el vértigo de estar en el filo que separa seculares tradiciones y prometedoras novedades. Entendemos que en la densidad de estos ensayos contenidos en Peset (1993) (consta de tres capítulos que podrían leerse en relación pero con relativa independencia, porque tienen entidad propia cada uno: *Modernidad y cambio*, *La medicina educadora* y *La lesión como amenaza*) se puede bucear en la dialéctica de esos contrarios que operan casi siempre –pensamos nosotros– como caras de la misma moneda. Tenemos muy pre-

sente que, como decía Foucault, “las luces que han descubierto las libertades, inventaron también las disciplinas”³⁴ y que los citados polos que a modo de Jano bifronte miran simultáneamente hacia la liberación y la represión, hacia la naturaleza y su sometimiento, hacia las terapias del cuerpo y del alma, etc. conducen a ese *vértigo de los cambios: entre la esperanza y el sufrimiento*, que poníamos en la cabecera de este apartado. Hablamos, en fin, de una dialéctica desplegada al hilo del progreso de la ciencia en los siglos XVIII y XIX y que también otros autores han analizado críticamente, en los campos de la cultura y la educación contemporáneas, habiéndose de destacar la monumental obra de Carlos Lerena: *Reprimir y liberar*³⁵.

Las distorsiones de todo orden que siguieron a los cambios alentados por el pensamiento de la Ilustración tuvieron que sufrir acomodo y, como es sabido, las instituciones de encierro (escuela, fábrica, prisión, hospitales y manicomios) se llenaron de sujetos a disciplinar. Tiempos de educadores, de higienistas y psiquiatras. Readaptación del saber hipocrático a la tarea de restaurar el alma de las lesiones del tiempo y la búsqueda temerosa, pero decidida, que tras aceptar la locura como una enfermedad, se introduce en la difícil empresa de curar el alma que anida en las vísceras corporales (manicomios donde la enfermedad mental comienza a objetivarse y manejarse, observación y control de su evolución, salas de autopsias, anatomía patológica...). Este apasionante campo de resonancias foucaultianas constituye el objeto del tercer capítulo de Peset, (1993, pp. 125 y ss.). El profesor Phillipe Pinel (1745-1826), padre de la psiquiatría moderna y pionero de la clínica médica, que a partir del pensamiento hipocrático revolucionó el estudio y tratamiento de los enajenados, es figura central en esta historia, aunque nuestro historiador ha dedicado al médico francés otros trabajos clarificadores³⁶. Y así bien podríamos añadir este tercer ensayo al conjunto de trabajos que J. L. Peset ha dedicado al estudio de la historia de la psiquiatría, o más genéricamente, a la ciencia relacionada con la locura, desde los hijos de la Ilustración hasta la escuela

positivista italiana representada por Cesare Lombroso. Si Pinel y su escuela patologizan la locura, será Lombroso el que hace lo mismo con el delincuente o el criminal (Peset, J. L. y Peset, M., 1975a)³⁷. La biografía es una forma muy interesante de acometer los estudios históricos, y Peset ha usado de ella en varias ocasiones, consciente de los límites y posibilidades que tiene, pues no en vano el autor se ha detenido a reflexionar sobre el tema³⁸. Por ejemplo, Pinel es un personaje digno de estudio por lo que en él se concreta y desarrollan las representaciones mentales, las necesidades del saber-poder, cierto “espíritu” intelectual de su tiempo (feliz conjunción de la filosofía y la ciencia). Por otro lado, R. Huertas (2001, ob. cit., p. 14), apoyándose en otros autores nos recuerda que Pinel no es un caso aislado sino el producto de un contexto; y su “hazaña”, que ha quedado para los anales de la historia como “la liberación de los locos”, tuvo réplicas en otros lugares de Europa a finales del siglo XVIII y principios del XIX. El enfoque socio-biográfico, que a nuestro juicio ha aplicado con gran acierto J. L. Peset, es aquel que permite, a través de sujetos históricos, independientemente de su fama, penetrar de forma peculiar en otras dimensiones que superan las individuales.

Aún cabe traer aquí otros estudios sobre los convulsos tiempos ilustrados en los que se recurre al método biográfico. La expansión ultramarina de la ciencia ilustrada originó, allá en el Nuevo Mundo otros desgarros y batallas en el ocaso de la época colonial, cuya proyección es muy clara para todo el que la quiera ver. J. L. Peset quiso obtener un cuadro general sobre el papel del científico criollo o emigrado al proceso que lleva hasta la independencia americana y, ante tan vasta tarea y para no incurrir en simplificaciones, optó por acercarse al tema mediante el estudio socio-biográfico de tres personajes que pueden considerarse modelos de la ciencia en aquél tiempo y aquellas tierras (Peset, 1987). Los elegidos que sirven de hilo conductor en el triple estudio son José Antonio de Alzate y Fausto Elhuyar en Nueva España y José Celestino Mutis en el Nuevo Reino de Granada: “Un clérigo criollo, un ingeniero riojano y un médico

andaluz que respectivamente representan al sabio independiente, al técnico al servicio de la corona y a un emprendedor expedicionario” (Peset, J. L., 1987, p. 16). Sin entrar en detalle alguno sobre la interpretación que aquí se hace de esas atrayentes figuras, señalaríamos tres enseñanzas que enlazan con el hilo de nuestro relato.

Efectivamente los científicos ilustrados que, en México, Colombia y otros lugares que pertenecieron al imperio colonial español, sintieron los aires de libertad, fraguaron muchas esperanzas en extraer las riquezas y los secretos de la exuberante naturaleza para ponerlos al servicio del progreso, de la industria y del comercio, con arriesgados proyectos independientes propios de quien conoce el terreno en que se mueve. Toparon sin embargo no sólo con la burocracia de virreyes y de la metrópoli sino con una clara desconfianza hacia proyectos científicos criollos o desarrollados por novoespañoles o novogranadinos; con un menosprecio hacia todo lo indígena de los académicos más notables de Europa (por ejemplo del conde de Buffon, que aplicaba teorías de la *degeneración*, dando pábulo a un naciente racismo que con el tiempo también habría de fomentarse desde la ciencia³⁹), a veces con hirientes teorías sobre la degeneración y la inferioridad de todo lo que respiraba en las colonias, con declaraciones sobre la incapacidad de los americanos para hacer despegar la labor científica. Los oídos sordos de la administración real a sus proyectos (peticiones de ayuda material y de expertos cualificados para desarrollar investigaciones y empresas prósperas) fueron otros elementos que desde la *esperanza* conducían al *sufrimiento*. Sufrimiento nada retórico pues incluía penalidades físicas y agotamiento por sus esforzadas empresas, expediciones y batallas políticas; y, además, vivir las contradicciones propias de su tiempo: razón y fe, “adorar” a Dios y a la Naturaleza, fidelidad a la corona y a la naciente conciencia de libertad.

Otra enseñanza de esta *Ciencia y Libertad*, que escribe Peset en el contexto del Programa Movilizador del CSIC *Relaciones científicas y culturales entre España y América*, es la multifacética y compleja red de actividades que ocupan a estos personajes donde cada

una depende de las otras. Por ejemplo, el Celestino Mutis médico no puede separarse del botánico que investiga sobre la quina y se involucra en su comercio ganando dinero; el reformador de técnicas mineras para obtener mejores resultados en las explotaciones del virreinato, el conecedor de las condiciones sociales y económicas de Nueva Granada que interviene en la vida política, el expedicionario y naturalista que mantiene correspondencia con Linneo y centros de ciencia de Europa, etc. son facetas que no pueden separarse y todas ellas son las que finalmente integran la actividad del gaditano que ha dado lugar a sus aportaciones a la ciencia. Se ha dicho que la ciencia es lo que hacen los científicos. Esa afirmación definitiva es aceptable siempre que no se separe lo que el científico hace por la mañana y por la tarde, un día u otro. Mutis o Alzate, como tantos otros, contribuyen a la ciencia y a la historia de su país, porque sociedad y ciencia son conceptos indisolubles. Es de suponer que eso es así en distinta medida según los casos personales y otras circunstancias. Al menos no todos los que se dedicaron al estudio de la ciencia sintieron los problemas sociales y políticos de su tiempo y se implicaron en ellos con la misma intensidad⁴⁰.

En estos momentos releemos una vieja publicación colectiva de 1964, dedicada a J. D. Bernal en la que escriben notables científicos de la primera mitad del siglo XX, amén del mismo irlandés, a quien parece homenajearse cuando se cumplían veinticinco años de *La Función Social de la Ciencia*⁴¹. A raíz de las grandes convulsiones y cambios del siglo XX, cuya trágica manifestación fue la guerra mundial, el holocausto nazi y la utilización de la bomba atómica, y la posterior guerra fría, cristalizaron múltiples voluntades en la comunidad científica que no sólo se movían en la órbita marxista (aun en la particular forma de Bernal) con intenciones críticas, unidas por el compromiso social de los científicos⁴². Todo ese movimiento es bien conocido y las citadas lecturas nos inducían a relacionar las *esperanzas* y *sufrimientos* que en su día afectaron a los estudiosos de la Ilustración con estos otros hijos del siglo XX.

No se le escapará al lector nuestra intención al relacionar la historia social de la cien-

cia como vertiente del pensamiento crítico y los hilos conectores que hemos insinuado en el último párrafo, atinentes a la actitud de compromiso con la libertad y contra la opresión que grupos de científicos han mantenido en distintos contextos históricos.

Colofón donde se vuelve a las intenciones iniciales

Nos damos por satisfechos si con estas páginas y las que completan este *Pensando sobre...* hemos conseguido transmitir parte de un renovado entusiasmo por la historia de la ciencia, con el cual nos hemos beneficiado gracias a las enseñanzas de José Luis Peset. Era el propósito que expresábamos al principio. No obstante, conviene señalar dos circunstancias que, aun siendo evidentes, merecen comentarse. Dadas las dimensiones de la obra de J. L. Peset, nuestras lecturas, al tiempo que gratas y propicias para el diálogo con nuestros propios intereses e ideas, han sido muy incompletas. Y, en segundo lugar, no somos especialistas (sí aficionados) en historia de la ciencia. En relación con la primera, indicamos al lector que la selección bibliográfica recogida al final de este artículo, además de la función habitual como fuente de consulta, aquí puede ser contemplada para percibir un mapa temático o de los objetos de estudio en el conjunto de la obra de Peset, para completar así nuestras lagunas y entender mejor nuestras afirmaciones sobre la gran variedad y abundancia de sus investigaciones. Y en cuanto a la condición externa al campo de los historiadores de la

ciencia, siendo éste el caso de la mayor parte de nuestros lectores, permite compartir con ellos algunas impresiones generales. La obra de J. L. Peset, aun estando sostenida en una gran erudición y depurado rigor analítico, no ofrece obstáculos especiales a todo aquel que, con tiempo por delante, haya abierto su apetito de conocimiento con algunas lecturas. No es en absoluto hermética, sino abierta a múltiples intereses y presenta variadas concomitancias con problemas del pensamiento crítico en las ciencias sociales. Centrándonos en el terreno pedagógico, diríamos que las lamentables ausencias de la historia de la ciencia en los programas de enseñanza (el tipo de reflexiones deseables no está presente, por ejemplo, en la nueva materia de estudio *Ciencias del Mundo Contemporáneo* planteada para el Bachillerato) no se resolverían con el añadido de una asignatura más, ni con impuestos artificios de "transversalidad". Por el momento no se nos ocurre más que insistir en lo que ya hemos dicho aquí (y en otras muchas ocasiones) sobre una didáctica crítica y una aquilatada *ruptura con los códigos disciplinares del conocimiento escolar*. Pero... ¡atención!, esa ruptura, como orientación de nuestros deseos, no puede efectuarse mediante la sola presencia del deseo. No surge por generación espontánea. Se requiere llenar y renovar el semillero de nuestros conocimientos. Para ello, la lectura de José Luis Peset es muy recomendable y, además, constituye todo un placer. Y... ya sabemos (o así pensamos): la apropiación y socialización del conocimiento tiene su mejor justificación ética en el placer, en la *alegría del conocimiento*, que diría Nietzsche.

NOTAS

- ¹ La cita de Brecht fue escogida por J. L. Peset para reforzar su propio pensamiento con las palabras del poeta: cfr. Peset, J. L. (1987). Historia de la ciencia e historia de la cultura. En: *Lingua e Literaturas*, Portugal, pp. 91-109. Le alabamos el gusto y la traemos aquí con el ánimo de que vaya rodando en letra impresa, hasta que -¡ojalá!- ya no necesite de referencias como ésta. Procede de *L'achat du cuire*. París, 1970, p. 53, y Peset la tomó de J. M. Lévy-Leblond (1975). *La ideología de/en la física contemporánea*, Barcelona, p. 26. Dado el veterano compromiso de Lévy-Leblond con las implicaciones sociales de la ciencia, no es ocioso aclarar las manos por las que ha pasado, hasta aquí, el texto brechtiano.
- ² Aunque de todo lo que aquí queda escrito soy el único responsable, haré uso del llamado “plural de modestia” no por una especial preferencia por esta forma verbal sino porque, en determinados momentos del artículo, expresaré posiciones e ideas que son patrimonio colectivo de un grupo de amigos que trabajamos en la Federación Icaria (Fedicaria). El lector atento sabrá distinguir sin problemas cuándo el texto vehicula una experiencia y pensamiento compartido y cuándo se expresa desde la reflexión personal.
- ³ José Luis Peset y su hermano Mariano son hijos del arquitecto Mariano Peset Alexandre, a su vez hermano de una persona cuya memoria es aún altamente estimada en Valencia: Joan Baptista Peset Aleixandre (el *Rector Peset*), médico que a los 22 años había cursado varias carreras, maestro de la medicina legal, comprometido políticamente con la II República, rector de la Universidad de Valencia en aquel período y representante por el partido de Azaña como candidato más votado en las elecciones del Frente Popular. Tras dos consejos de guerra durante aquella *salvaje pesadilla*, fue fusilado en 1941. Sin agotar las menciones a otros miembros de la familia implicados en tareas intelectuales claramente conectadas no debe olvidarse al Dr. Vicente Peset Llorca (1914-1981), hijo del *Rector Peset*, cuyos pioneros trabajos sobre la historia de la psiquiatría dejarían huella en su primo José Luis. Puede verse un breve pero vivo recuerdo de Vicente Peset escrito por Luis García Ballester en: <http://ddd.uab.cat/pub/dynamis/02119536v1p321.pdf>. A poco que se averigüe en testimonios como éste, se apreciará cómo prácticamente todos los personajes más relevantes de la historia de la medicina y de la ciencia están relacionados entre sí.
- ⁴ Desde luego a este convenio institucional le precedía una larga labor en Valencia en la que José María López Piñero y otros investigadores habían recogido la tradición y riqueza documental de la Universidad referida a la historia de distintas disciplinas científicas. En 1998 la institución empieza a editar junto con la Universidad la revista *Cronos*. En la actualidad se denomina Instituto de Historia y de la Ciencia y Documentación “López Piñero”.
- ⁵ Estas son figuras aisladas, pues la historia de la ciencia en España tenía un prácticamente nulo nivel de institucionalización en el primer tercio del siglo XX. Sin embargo, cuando se hacen comentarios sobre la precariedad de la producción hispana en historia de la ciencia se puede dar una impresión excesivamente pesimista sobre lo que se había hecho, por ejemplo, hace más o menos treinta años... Basta ver los compendios bibliográficos de fuentes primarias y secundarias publicados ya entonces para obtener una impresión más ajustada. Puede verse la selección hecha en José María López Piñero, J. M^a et al. (1976). *Materiales para la historia de las ciencias en España: s. XVI-XVII*. Valencia: Pre-textos. Los autores de esta obra no habían hecho más que comenzar su propia y dilatada trayectoria investigadora. Y recordemos, además, los autores que, como José Luis Peset, abren las puertas, a partir de la década de los setenta del pasado siglo, a una actualización de la historia de la ciencia a la que puede añadirse el adjetivo de *social*; porque es oportuno recordar que no en vano se recibe en España la obra de J. D. Bernal y otros intelectuales marxistas, luego los del giro cultural, etc. La riqueza metodológica fue un estímulo creador.
- ⁶ Entre 1972 y 1973, publica, con Diego Gracia, Laín Entralgo o él solo, diversas colaboraciones en la *Historia Universal de la Medicina* de la editorial catalana Salvat.
- ⁷ Las indagaciones en Salamanca se recogen en: *El reformismo de Carlos III y la Universidad de Salamanca: Plan general de estudios*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1969. Seguirán otras obras que dan cuerpo a lo que parece ser un proyecto colaborativo de los hermanos Peset entre las que destaca *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Taurus, 1974. A partir de una amplia documentación archivística se estudian las reformas de la Universidad que promueve la realeza borbónica, aquellas que eran necesarias y suficientes para el poder; reformas tímidas (las más audaces las de Carlos III) aun a costa de la confrontación con la Iglesia y los tradicionales saberes superiores del Antiguo Régimen. Y cómo la transformación profunda y fundacional de la Universidad moderna la realizan los liberales decimonónicos, simultáneamente a la constitución del conjunto del sistema de enseñanza en España, con todas sus disfunciones y ritmos distintos respecto a otros países. Puede verse un apretado resumen en Peset, J. L. y Peset, M. (1975). El fin del Antiguo Régimen y la Universidad liberal. *Revista de Educación*, 240, 14-22. Pero, si el lector desea facilidades para hacerse con una idea general sobre las aportaciones de José Luis

Peset a la historia de la Universidad española, puede escuchar su voz directamente, en una conferencia dictada en la Fundación Juan March (23-04-1985), *Una herencia secular*, de sustancioso contenido, apretado en menos de una hora de audición y disponible en <http://www.march.es/conferencias/anteriores/voz.asp?id=1609>.

- ⁸ El Instituto de Historia está integrado actualmente en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC.
- ⁹ El volumen 26 de *Llull, Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas* (2003) celebra su veinticinco aniversario con un monográfico en el que se recapitulan varios trabajos que dan cuenta de la misma "historia de la historia de la ciencia" en España.
- ¹⁰ En 1982 se creó en México la Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología y en aquella ocasión participa J. L. Peset. Dos años más tarde, en 1984, comienza el Programa Movilizador del CSIC que acabamos de mencionar. Los trabajos se realizan durante cuatro años con la participación de un centenar de investigadores del CSIC y algunos departamentos universitarios; se celebraron conferencias y exposiciones, se adquirió mucho material y, finalmente, Peset se encargó de la recopilación, en tres gruesos volúmenes, de 81 trabajos del Programa Movilizador de otros tantos autores hispanos y extranjeros (Peset, J. L., 1989c). También en 1984, se celebra la I Reunión de Historia de la Ciencia y de la Técnica de los Países Ibéricos e Iberoamericanos. La edición de las actas corre a cargo de J. L. Peset: *La ciencia moderna y el Nuevo Mundo*. Madrid: CSIC / Sociedad Latinoamericana de Historia de las Ciencias y de la Tecnología, 1989. Como continuidad de esas actividades, en Madrid se celebra un coloquio internacional sobre *Las culturas del Noroeste de América*, promovido por el CSIC y la Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento. Peset se encarga también de la correspondiente edición (Peset, J. L., 1989b). Dentro de esta sustanciosa producción también publicó (Peset, 1987) un estudio sobre la función de científicos criollos o hispanos que hicieron su vida en América en la forja de la conciencia independentista. Más adelante nos referiremos a esta obra.
- ¹¹ La revista *Asclepio* apareció en 1948 bajo el título de *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*, dirigida por P. Laín Entralgo, editada por el Patronato Santiago Ramón y Cajal, del CSIC. Se dedicaba especialmente a los asuntos que indicaba el título hasta que en 1964 pasó a llamarse *Asclepio*. No fue sólo un cambio de nombre, sino de contenidos y orientación: estudio de historia de la ciencia en un sentido amplio y una decidida orientación social. Pasaron por la dirección de esta prestigiosa publicación el profesor Albarracín y J. L. Peset. Desde entonces ha seguido abriendo el espectro a nuevas preocupaciones, dando cabida a "trabajos que relacionan la ciencia con una sociedad determinada, dando a conocer los aspectos institucionales (creación, difusión, aplicación y popularización de la ciencia) así como sus relaciones con la cultura humana: el arte, la imagen, la lengua, el pensamiento y la cultura material". Actualmente la dirige Rafael Huertas. Mayor información puede verse en: <http://www.ih.csic.es/revistas/webasclepio/index.htm>.
- ¹² Posiblemente el gusto y mérito del trabajo en equipo tenga relación con gratas experiencias juveniles de amistosas tertulias en Salamanca. Al evocar estos lugares públicos de socialización del conocimiento José Luis Peset señala la importancia de viejas tradiciones que están en el origen de las academias ilustradas: "Las academias eran lugar de conversación, que reunían estratos diferentes, naciones cercanas o lejanas, temas muy diversos. Con una antigua tradición en las tertulias, conviven en ellas la apertura y la rigidez, el ocio y el trabajo, el humor y la crítica" (Peset, J. L., 2003, 392).
- ¹³ El origen del libro está en el Coloquio de la Historia de España celebrado en Pau, bajo la dirección de Tuñón de Lara, en el año 1976. Los tres autores fueron miembros fundadores de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia (SEHC) y Santiago Garma el primer presidente de la misma. La SEHC se constituye oficialmente en 1976. Al año siguiente comienza a editar su revista, *Llull*. Desde 1986 añadió a su nombre la Tecnología (SEHCYT). La SEHC fue creada con la decidida intención de ocupar un vacío institucional, una ausencia en los planes de estudio y un retraso respecto a otros países. Tanto los científicos como los historiadores no se interesaban demasiado (ni aún lo hacen) por la historia de la ciencia. Algo similar ocurre con la historia de la educación, a la que apenas se presta atención desde la comunidad de historiadores y de didactas. De alguna forma, llama la atención cómo junto al interés por la historia de la ciencia, y entre sus cultivadores, también aparece una atención por la historia de la educación (caso de Juan Sisinio Pérez Garzón y de los hermanos Peset con sus trabajos sobre la Universidad) que dio lugar a aportaciones muy avanzadas en su día.
- ¹⁴ Foucault, M. (1992). Nietzsche, la Genealogía, la Historia. En: Varela, J. et al. (eds.), *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta, pp. 7-29.
- ¹⁵ Huertas, R. (2001). Historia de la psiquiatría, ¿por qué?, ¿para qué? Tradiciones historiográficas y nuevas tendencias. *Frenia*, I (1), 9-36.

- ¹⁶ Entendemos que en el hacer un “uso oportuno” interviene no sólo la conveniencia al objeto de estudio y a los fines perseguidos, sino también una utilización creativa y matizada de los conceptos. Así por ejemplo, en el caso de Foucault, al manejar la categoría de “poder” es preciso distinguir aspectos como el de *autoridad y legitimación*, y, como al respecto nos dice Rafael Huertas, “Para que los jueces tuvieran en cuenta las opiniones de los médicos, para que éstos fueran reconocidos como expertos competentes ante los tribunales fue necesario un proceso de negociación largo y complicado en el que los psiquiatras aspiraban no tanto al «poder», sino al reconocimiento de su autoridad científica y a una mayor legitimación profesional y social” (Huertas, R. (2006). Foucault, treinta años después. A propósito de *el poder psiquiátrico*. *Asclepio*, LVIII (2), 267-276. Ese discernimiento aparece ya en *Ciencia y marginación...* de J. L. Peset. Pero en ello ha seguido y R. Huertas ilustra la idea con trabajos de especialistas extranjeros que no hemos consultado y cita también como ejemplo. Véase Peset, J. L. (1996): Jurists versus doctors: The birth of legal medicine in the United States. *History of Psychiatry*, 7, 299-317; Huertas, R. (2002). Organizar y persuadir. Estrategias profesionales y retóricas de legitimación de la medicina mental española (1857- 1936). Madrid: Monografías *Frenia*, pp. 127 y ss.
- ¹⁷ Quentin Skinner, en el campo de la historia de las ideas políticas, desarrolló hace más de treinta años su enfoque contextualizador de los actos de habla en los autores pretéritos. Y parece que el interés sobre el tema sigue vivo. Recientemente se ha publicado: Bocado, E. (2007). *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner y seis comentarios*. Madrid: Tecnos. En la historia de la ciencia el asunto del presentismo, junto a otros asuntos metodológicos, ha sido tratados desde hace tiempo: cfr. Kragh, H. (1989). *Introducción a la historia de la ciencia*. Barcelona: Crítica.
- ¹⁸ Es un libro escrito junto a Diego Núñez Ruiz, Catedrático en el Departamento de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español en la Universidad Autónoma de Madrid.
- ¹⁹ Los autores aquí analizados, que escriben con anterioridad a la recepción en España del racionalismo armónico o coetáneamente, pero al margen de la órbita específica que se conoce como el krausismo hispano son: José Álvarez Guerra, Miguel López Martínez, Roque Barcia, Pedro Sala Villaret.
- ²⁰ Mateos, J. y Vicente, M. (1998). La historia de la ciencia y la enseñanza de las ciencias sociales (algunos libros de utilidad). *Con-Ciencia Social*, 2, 320-324. Aquí expusimos el problema de *las dos culturas* tal y como lo veíamos entonces y nos apoyábamos en comentarios a una interesante obra de iniciación, Kragh, H. (1989). *Introducción a la Historia de la Ciencia*. Barcelona: Crítica.
- ²¹ Como es sabido, en 1959 el físico y literato Charles. P. Snow pronuncia en Cambridge una conferencia titulada *Las dos culturas* que luego aparecerá publicada como *The Two Cultures and the Scientific Revolution*. El debate consiguiente tuvo una enorme repercusión en Europa y en América. La versión ampliada de la misma (*Las dos culturas y un segundo enfoque*) no fue publicada en castellano hasta 1977 por Alianza Editorial.
- ²² La cita es de Sarton, G. (1956). Historia de la Ciencia. En: *Ensayos de Historia de la Ciencia*. México, pp. 1-14; cita en p. 1. Y la hemos tomado de Peset, J. L. (1987). Historia de la ciencia e historia de la cultura, ob. cit., p. 94.
- ²³ René Taton fue director científico del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), falleció apenas hace cinco años. Bajo su dirección se elaboró, entre finales de los cincuenta y principios de los sesenta del pasado siglo, la gruesa *Historia General de las Ciencias*, una obra colectiva de corte enciclopedista, publicada en España por Ediciones Orbis en 1988, en 18 volúmenes. Invitado de honor en el I Congreso de la SEHC, R. Taton expresó una idea que J. L. Peset recuerda con cierta frecuencia y que venía a decir que hay tantas formas de abordar, de enseñar o comunicar las aportaciones de la historia de la ciencia como expectativas o intereses específicos tengan las personas interesadas. En cualquier caso, la ambición de totalidad que da razón de ser a la *Historia General de las Ciencias*, coordinada por R. Taton requiere de una férrea ordenación (en cuanto a la periodización y las materias de estudio) que deja poco margen a otro tipo de historia, con menos presencia del positivismo y más del giro filosófico-cultural, como la que hiciera, por ejemplo, Michel Serres.
- ²⁴ Puede verse al respecto Huertas, R, 2001, ob. cit.
- ²⁵ Lémos hace bastantes años la traducción al español: Singer, C. (1947). *Historia de la Biología*. Buenos Aires / México: Espasa Calpe Argentina.
- ²⁶ Aunque muchos de los artículos científicos escritos por J. L. Peset son de autoría unipersonal, repárese en que 17 de las 27 obras publicadas en formato de libro que incluimos en la selección bibliográfica, se hicieron en colaboración con otros autores inicialmente formados en diferentes especialidades: historia contemporánea, historia del derecho, lingüística, física, filosofía, medicina... Aunque, claro está, todos ellos se hayan interesado por otras disciplinas, como mínimo, por la historia de la ciencia.
- ²⁷ Serres, M. (1991). *Historia de las ciencias*. Madrid: Editorial Cátedra. El prólogo general de esta obra que suscribe Serres es todo un alegato sobre la complicación de caminos, métodos, enfoques y giros, por los cuales la historia de la ciencia presenta una imagen contraria a la lineal acumulación ascendente del saber.

- ²⁸ La génesis de algunos códigos disciplinares ha sido ampliamente estudiada por algunos de nosotros, así como la de metodólogos o didactas de las ciencias sociales.
- ²⁹ Lo que al respecto se nos dice por B. Bernstein y S. Popkewitz, y después M. Apple reafirma e interpreta, es que, desde el conocimiento científico localizado en su *contexto de producción* al conocimiento escolar ya localizado en el *contexto de reproducción* (la escuela), media una insospechada distancia que supera la mera traducción didáctica. Se produce una “alquimia”, una *transmutación*, un dejar de ser una cosa para llegar a ser otra sustancialmente distinta. Sobre la naturaleza del conocimiento escolar R. Cuesta ha recogido textos de los citados autores y bastantes más, formando una antología disponible en: http://www.fedecaria.org/miembros/fedSalamanca/Antologia_textos_2000.pdf.
- ³⁰ Mateos, J. (2008). Globalización del conocimiento escolar: genealogía y problemas actuales. *Didáctica de las Ciencias Experimentales y Sociales*, 22, 3-22.
- ³¹ A ellas se refiere en otras palabras Rafael Huertas en una entrevista donde también se tocan algunos de los interrogantes que se acaban de formular, como el de la relación entre sujeto y objeto de la investigación. Puede verse en Consejo de Redacción (1999). Entrevista a Rafael Huertas. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 19 (72), 656-668. Es un texto muy recomendable como lectura complementaria a José Luis Peset y a las presentes páginas. No en vano Peset fue maestro y director de la tesis de Huertas, ambos han trabajado muchos años juntos en el CSIC y han estudiado grandes temas de la medicina social y de historia de la psiquiatría referidos a similares o las mismas problemáticas. Por otro lado debemos decir que hace unos pocos años entablamos relación intelectual y amistosa con Rafael Huertas, la cual ha sido muy fructífera y satisfactoria para nosotros y nuestros proyectos. Concretamente para el *Proyecto Nebraska* en el que habría que ubicar el pensamiento y el trabajo personal del que suscribe este artículo.
- ³² *Reflexiones sobre la Historia (Obras escogidas de Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro. Con una noticia de su vida y juicio crítico de Vicente de la Fuente)*. Librería de Sucesores de Hernando, Madrid, 1924, pp. 160-179. Entre las otras facultades cita la geografía y la astronomía. En el párrafo citado (p. 179) se puede encontrar una indicación de que el conocimiento histórico necesita ciencias de ayuda, pero también, llevándolo a nuestro terreno, que el verdadero conocimiento rompe las barreras disciplinares y que el científico social ha de tener una comprensión holística y pluridisciplinar de los objetos que investiga.
- ³³ Su *Lettre sur le progrès de sciences* (1952) es una de las utopías del progreso más radicales y emblemáticas de la época. J. L. Peset se ha ocupado en varias ocasiones de esta optimista *carta* de Maupertuis y sobre la polémica que éste mantuvo con su primero amigo y luego acérrimo y ácido contrincante, Voltaire, puede verse, además de la obra que ahora comentamos, Peset, J. L. (1988). Ciencia y poder en la polémica entre Maupertuis y Voltaire. *Asclepio*, XL, 163-176. Un interesante acompañamiento a estas lecturas es el estudio introductorio que Mauricio Jalón hace en Diderot, D. (1992). *Sobre la interpretación de la naturaleza*. Barcelona: Anthropos.
- ³⁴ Foucault, M. (1984). *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, p. 225.
- ³⁵ Lerena, C. (1983). *Reprimir y liberar*. Madrid: Akal. Este libro del malogrado profesor Lerena es un “mar sin fondo” para una prolongada inmersión y ejercer la oceanografía en los problemas que estamos señalando bajo la guía de la mejor sociología crítica. La doble faz o imagen especular (que en Lerena resulta ser una misma figura) del subjetivismo frente al objetivismo positivista (Rousseau / Comte) es una de las vetas desarrolladas aquí por Lerena y que en Peset aparece por otros lados. En la historia de la educación otras obras han desplegado análisis que se enfrentan a similares aporías también desde el pensamiento crítico, y poseyendo no pocas concomitancias con las anteriores; es el caso de Cuesta, R. (2005). *Felices y escolarizados*. Barcelona: Octaedro; un libro que es piedra angular en las aportaciones cómplices que han dado pie a que hagamos uso del plural en este artículo según la justificación que ya dimos. Rafael Huertas ha levantado, recientemente, un feliz puente entre sus investigaciones (desde luego conectadas con Peset por la larga colaboración entre ambos en el CSIC) y nuestros temas preferidos, y lo ha hecho desviando la corriente de sus conocimientos de historia de la medicina social y de la psiquiatría hacia la educación: véase Huertas, R. (2008). *Los laboratorios de la norma*. Barcelona: Octaedro/CSIC. Y, en el terreno más ceñido a las ideas y prácticas pedagógicas, pueden verse unas notas nuestras (Mateos, 2008) que, bajo el título de *La disciplina hace al hombre*, están disponibles en http://www.fedecaria.org/miembros/nebraska/reformismo_disciplina.pdf.
- ³⁶ Tiene un especial interés Peset, J. L. (2003). La revolución hipocrática de Phillippe Pinel. *Asclepio*, LV (1), 263-280.
- ³⁷ La famosa tesis lombrosiana del criminal nato, somáticamente reconocible, junto a su atrevida identificación de éste con el hombre primitivo (¡adiós a la idea rousseauiana del buen salvaje!) tuvieron unas repercusiones imponentes y de largo alcance. Sirvieron al control burgués sobre delinquentes, prostitutas, anarquistas y... en definitiva sobre las clases subordinadas. La historia de la educación nos muestra (y

hasta la misma experiencia profesional en la escuela nos presenta!) las más nítidas radiografías al respecto. Y la psicopedagogía de los renovadores de la enseñanza encuadrados en la Escuela Nueva, empezando por Claparède, son agentes de propagación de versiones más blandas y revisadas de la dura antropología que se deriva de Lombroso. Además es curioso cómo unas teorías, unos cuerpos doctrinales como el de la escuela de Cesare Lombroso, con el tiempo se perpetúan metamorfoseándose, incorporando nuevas ideas, y el materialismo positivista inicial se condimenta con romanticismo decadentista para nuevos discursos a principios del siglo XX. Es lo que hace la misma hija de Cesare, Gina Lombroso: cfr. Peset, J. L. (2001). Genio y degeneración en Gina Lombroso. *Frenia*, I (1), 121-128.

- ³⁸ Peset, J. L. y Hernández Sandoica, E.: Biografía, historia y ciencia. Ponencia en *Biografías médicas, una reflexión historiográfica*. XIII Simposio de la Sociedad Española de Historia de la Medicina, Jaca, 2 julio 2004; Peset, J. L. (2005). Ciencia y vida: ¿Una imposible conjunción? *Asclepio*, LVII (1), 9-21.
- ³⁹ El sabio mexicano Alzate hubo de enfrentarse al conde de Bufón que desde el confortable gabinete en Francia desataba la fantasía, abandonando el rigor de la observación empírica, para hablar de la inferioridad de las razas vivientes de las colonias. Alzate era un defensor del indio. El clérigo, cristiano ilustrado, científico entendido en muchas ramas del saber, el polemista que encarna la defensa de la patria y sus criaturas, el promotor de la industria minera, de la agricultura y el comercio, el médico, y hombre, en fin, de muchos oficios, se une a la tendencia ilustrada de venerar a la naturaleza. Dice Peset (1987, p. 85): “José Antonio de Alzate, uniendo catolicismo, hipocratismo, cientifismo e incluso nacionalismo [...] recurre de nuevo a la naturaleza, convirtiéndose en su más fiel venerador”.
- ⁴⁰ A través del caso de Frédéric Joliot se han explicado interesantes modelos de relación entre ciencia y sociedad que van más allá de los convencionales. Véase Latour, B. (1991). Joliot: punto de encuentro de la historia y de la física. En Serres, M., *Historia de las ciencias*. Madrid: Editorial Cátedra, pp. 553-573. Se desarrolla aquí, con indudable ingenio, que “la ciencia y la sociedad son dos ejemplos de una misma cosa en dos estados diferentes de traducción”. Se recuerda que F. Joliot, premio Nobel de Física, ayudante de Marie Curie, con cuya hija se casó, es un personaje que llevó una agitada vida en la que la lucha antifascista formaba parte del mismo proyecto de obtención del reactor atómico en Francia.
- ⁴¹ Se trata de Bernal, J. D. y otros (1964). *La ciencia de la ciencia*. México: Grijalbo. Escribe, por ejemplo, un autor que ha sido especialmente aludido en el presente artículo, Charles Percy Snow, que se encarga, precisamente, de hacer una semblanza de J. D. Bernal. Muy oportuna para ilustrar lo que ahora decimos.
- ⁴² Remitimos a la primera conferencia de Pugwash y al famoso “Manifiesto de Rusell-Einstein” que suscribieron, amén de estas dos emblemáticas figuras y otros, Max Born, Linus Pauling, Leopold Infeld, Frédéric Joliot (al que nos hemos referido en la nota 40) y Jozef Rotblat, el primer científico que abandonó el *proyecto Manhattan* por motivos éticos. A este último se debe la frase pronunciada cuando, ya muy anciano, recibió el Nobel en 1995: “Recordad vuestra humanidad y olvidad el resto”.

Selección bibliográfica de José Luis Peset

Se ofrece a continuación una selección de trabajos publicados que aparece separada en tres bloques: libros, capítulos de libros y artículos. Se mantiene, en este caso, el orden cronológico, no el alfabético. En el texto precedente, las citas remiten exclusivamente a los libros; cuando se trataba de un artículo o capítulo de libro, las correspondientes referencias se encontraban en las notas respectivas del mismo texto. De esta forma se facilita la consulta de las fuentes, al tiempo que se ofrece una muestra representativa de la obra de J. L. Peset.

Libros

- PESET, M. y PESET, J. L. (1972). *Muerte en España*. Madrid: Seminarios y Ediciones.
- PESET, M. y PESET, J. L. (1974). *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Taurus.
- PESET, J. L.; PESET, M. (1975a). *Cesare Lombroso y la escuela positivista italiana*. Madrid: C.S.I.C.
- PESET, M. y PESET, J. L. (1975b). *Gregorio Mayans y la reforma universitaria*. Valencia: Ayuntamiento de Oliva.
- PESET, J. L.; GARMA, S. y PEREZ GARZÓN, J. S. (1977a). *Ciencia y enseñanza en la revolución burguesa*. Madrid: Siglo XXI.
- PESET, M.; MANCEBO, M^a. F.; PESET, J. L. y AGUADO, A. M^a (1977b-1978). *Bulas, Constituciones y Documentos de la Universidad de Valencia*, 2 vols. Valencia: Universidad de Valencia.
- NUÑEZ, D. y PESET, J. L. (1983a). *De la alquimia al panteísmo. Marginados españoles de los siglos XVIII y XIX*. Madrid: Editora Nacional.
- PESET, J. L. (1983b). *Ciencia y marginación: negros, locos y criminales*. Barcelona: Crítica.
- PESET, J. L. y HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1983c). *Estudiantes de Alcalá*. Alcalá de Henares, Madrid: Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- PESET, J. L.; PESET, M. (1983d). *Carlos IV y la Universidad de Salamanca*. Madrid: C.S.I.C.
- PESET, J. L. (Coord.) (1984). *Enfermedad y castigo*. Madrid: C.S.I.C.
- LAFUENTE, A. y PESET, J. L. (1985a). *Maupertuis o el orden verosímil del cosmos*, int., est. y trad. Madrid: Alianza.
- PESET, J. L. et al. (1985b). *Pasado, presente y futuro de la Universidad española*. Madrid: Fundación Juan March.
- PESET, J. L. (1986b). Introducción. En: Muñoz, E. y Ornia, F., *Ciencia y tecnología: una oportunidad para España*. Edición de J. L. Peset y A. Elordi. Madrid: Aguilar - Ministerio de Educación y Ciencia.
- PESET, J. L. (1987). *Ciencia y libertad. El papel del científico ante la Independencia americana*. Madrid: C.S.I.C.
- SELLES, M.; PESET, J. L. y LAFUENTE, A. (Comps.) (1988). *Carlos III y la ciencia de la Ilustración*. Madrid: Alianza.
- PESET, J. L. (Ed.) (1989b). *Culturas de la Costa Noroeste de América*. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario - Turner Libros.
- PESET, J. L. (Coord.) (1989c). *Ciencia, Vida y Espacio. Trabajos del programa movilizador del C.S.I.C. "Relaciones científicas y culturales entre España y América"*, 3 vols. Madrid: C.S.I.C.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. y PESET, J. L. (1990). *Universidad, poder académico y cambio social (Alcalá de Henares, 1508 - Madrid, 1874)*. Madrid: Consejo de Universidades.
- PESET, J. L. y GRACIA, D. (Eds.) (1992). *The Ethics of Diagnosis*. Dordrecht, Boston, London: Kluwer Academic Publishers.
- PESET, J. L. (1993). *Las heridas de la ciencia*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- GUTIÉRREZ CUADRADO, J. y PESET, J. L. (1997). *Metro y kilo*. Madrid: Akal.
- PESET, J. L. (1999). *Genio y desorden*. Valladolid: Cuatro Ediciones.
- GARCÍA BALLESTER, L.; LÓPEZ PIÑERO, J. M^a. y PESET, J. L. (2002). *La ciencia y la técnica en la corona de Castilla*. 4 vols. Valladolid: Junta de Castilla y León.

Capítulos de libros

- PESET, J. L. (1975). El carácter de los valencianos y el fin del Antiguo Régimen. En: *Homenaje al Dr. Juan Reglá Campistol*. Valencia: Universidad de Valencia. Vol. 2, pp. 247-259.
- PESET, J. L. (1982). Ciencia, nobleza y ejército en el Seminario de Nobles de Madrid (1770-1788). En: *Mayans y la Ilustración*. Valencia: Ayuntamiento de Oliva, pp. 519-535.
- PESET, J. L. y LAFUENTE, A. (1987). El conocimiento y el dominio de la naturaleza: la cien-

- cia y la técnica. En: *Historia de España Menéndez Pidal*, t. 31-1, Madrid: Espasa Calpe, pp. 349-394.
- PESET, J. L. (1991). La crisis de la seguridad social. En: *La ofensiva neoliberal y la sanidad pública*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas, pp. 79-88.
- PESET, J. L. (1993). On the History of Medical Causality. En: Delkeskamp-Hayes, C. & Gardell Cutter, M. A. (Eds.), *Science, Technology, and the Art of Medicine*. Dordrecht, Boston, London: Kluwer Academic Publishers, pp. 57-74.
- PESET, J. L. (1994): The Reception of Modern Scientific Mining in Enlightened Mexico. En: Craig, A. K. y West, R. C. (Eds.), *In quest of mineral Wealth*. Geoscience and Man 33, Baton Rouge LA, Louisiana State University, 233-251.
- PESET, J. L. y HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1994). Instituciones científicas y educativas. En: *Historia de España Menéndez Pidal*, t. 39-2. Madrid: Espasa Calpe, pp. 545-580.
- PESET, J. L. (1994). El espacio americano y el nacimiento de la Geografía médica. En: Bénassy, M.-C. et al. (Coords.), *Nouveau Monde et Renouveau de l'Histoire Naturelle*. Paris-CIAEC, Madrid-CSIC: Presses de la Sorbonne Nouvelle, pp. 221-245.
- PESET, J. L. (1995). La nueva medicina, La ilustración castellana y la ciencia moderna y El liberalismo y la ciencia castellana. En: García Simón, A. (Ed.), *Historia de una cultura II. La singularidad de Castilla*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 769-816.
- PESET, M. y PESET, J. L. (1996). Poder y reformas de la Universidad de Salamanca en tiempos de Carlos III. En: González, E. (ed.), *Historia y Universidad. Homenaje a Mario Lorenzo Luna*. México: UNAM, pp. 457-480.
- PESET, J. L. (1997). Le Muséum et la Couronne Espagnole. En: Blanckaert, C. et al., *Le Muséum au premier siècle de son histoire*. Paris: Archives du Muséum National d'Histoire Naturelle, pp. 569-580.
- PESET, J. L. (2000). Hippocrate dans l'Espagne éclairée. En: Andréani, R. et al., *Hellénisme et Hippocratisme dans l'Europe méditerranéenne: autour de D. Coray*. Montpellier: Université Paul Valéry, pp. 187-194.
- PESET, J. L. (2001). Símbolos e ideas en torno al concepto de naturaleza. En: Aceves, P. (Ed.), *Periodismo científico en el siglo XVIII: José Antonio de Alzate*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 67-77.
- PESET, J. L. (2001). La Universidad hoy: visión de futuro. En: Danón, J. (Ed.), *La enseñanza de la Medicina en la Universidad española*. Barcelona: Fundación Uriach, pp. 105-121.
- PESET, J. L. y HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (2001). La recepción de la cultura científica en la España del siglo XX: la Universidad. En: Morales, A. (Ed.), *Las claves de la España del siglo XX. La cultura*. Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, pp. 127-151.
- PESET, J. L. (2003). Las polémicas de la ciencia española. En: Gracia, D. (Ed.), *Ciencia y vida*. Bilbao: Fundación BBVA, pp. 183-204.
- PESET, J. L. (2003). La educación y la renovación del saber en Benito Jerónimo Feijoo. En: Urzainqui, I. (Ed.), *Feijoo, hoy (Semana Marañoñ 2000)*. Oviedo: Fundación Gregorio Marañoñ, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, pp. 225-238.
- PESET, J. L. (2003): La prensa científica y los científicos en el fin de la colonia. En: González, C. A. y Vila, E. (Comps.), *Grafiás del imaginario*. México: Fondo de Cultura Económica, 480-489.
- PESET, J. L. (2004). La ciencia moderna y la nueva dinastía y La ciencia en la Real Biblioteca. En: Santiago, E. (Dir.), *La Real Biblioteca Pública 1711-1760*. Madrid: Biblioteca Nacional, pp. 76-86 y 317-333.
- PESET, M. y PESET, J. L. (2004). Educación y Universidades. En: Serrano, E. (Ed.), *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, C.S.I.C., Diputación, pp. 525-547.
- PESET, J. L. (2004). Élités municipales y medidas: el informe de Toledo de 1758. En: Dedieu, J.-P. y Vincent, B. (Eds.), *L'Espagne, l'État, les Lumières. Mélanges en l'honneur de Didier Ozanam*. Madrid, Burdeos: Casa de Velázquez, Maison des Pays Ibériques, 287-298.
- PESET, J. L. (2005). La tradición clásica en la Medicina. En: Signes Codoñer, J. et al. (Eds.), *Antiquae Lectiones. El legado clásico desde la antigüedad hasta la revolución francesa*. Madrid: Cátedra, pp. 534-540.
- PESET, J. L. (2005) Giuseppe Sergi y el fin del risorgimento italiano. En: Miranda, M. y Vallejo, G. (Comp.), *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores, pp. 351-361.

- PESET, J. L. (2005). José Celestino Mutis, padre de la ciencia colombiana. En: Puerto, J. (Dir.), *Ciencia y técnica en Latinoamérica en el período virreinal*. 2 vols. Madrid: CESCE, S.A., II, pp. 487-517.
- PESET, J. L. (2007). Cajal y las ciencias Bio-médicas. En: Puig-Samper, M. A. (Ed.), *Tiempos de investigación*. JAE/CSIC. Madrid: CSIC, pp. 55-68.
- PESET, J. L. (2007). Preciados saberes en el despertar de mundos nuevos. En: *Biblioteca Hispánica. Obras maestras de la Biblioteca Nacional*. Madrid: Biblioteca Nacional, pp. 223-237.
- Artículos en revistas nacionales**
- PESET, M. y PESET, J. L. (1967). Legislación contra liberales en los comienzos de la década absolutista. *Anuario de Historia del Derecho español*, 37, 437-485.
- PESET, J. L. y PESET, M. (1968). Salarios de médicos, cirujanos y médicos-cirujanos rurales en España durante la primera mitad del siglo XIX. *Asclepio*, 20, 235-245.
- PESET, M.; MANCEBO, P. y PESET, J. L. (1971). Temores y defensa de España frente a la peste de Marsella de 1720. *Asclepio*, 23, 131-189.
- PESET, J. L. y CARVALHO, José A. de (1972). Hambre y muerte en Salamanca. Estudio de la repercusión de la crisis de subsistencias de Salamanca de 1803-1805. *Asclepio*, 24, 225-266.
- PESET, J. L. (1972). En busca del *alma mater* universitaria. *Revista de Occidente*, 112, 68-78.
- PESET, M. y PESET, J. L. (1972). Cultivo de arroz y paludismo en la Valencia del siglo XVIII. *Hispania*, 121, 277-375.
- PESET, J. L. (1973). Reforma de los estudios médicos en la Universidad de Valencia. El plan de estudios del rector Blasco de 1786. *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 12, 213-264.
- PESET, J. L. y ALMELA, M. (1975). Mesa y clase en el Siglo de Oro español: la alimentación en el Quijote. *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, 14, 245-259.
- GARCIA MONERRIS, C. y PESET, J. L. (1977). Los gremios menores y el abastecimiento de Madrid durante la Ilustración. *Moneda y Crédito*, 140, 67-97.
- PESET, J. L. y PESET, M. (1978): Epidemias y sociedad en la España del fin del Antiguo Régimen. *Estudios de Historia Social*, 4, 7-28.
- PESET, J. L. (1978). Carlos Jiménez Díaz: Memoria sobre el estado nutritivo de la población madrileña. *Estudios de Historia Social*, 5-6, 401-465.
- PESET, J. L. (1978). Capitalismo y medicina: ensayo sobre el origen de la seguridad social. *Estudios de Historia Social*, 7, 185-216.
- PESET, M. y PESET, J. L. (1979). Los gastos públicos de enseñanza en España (1842-1875): una rectificación de daytos anteriores. *Hispania*, 39 (143), 671-688.
- PESET, M.; MANCEBO, M. F. y PESET, J. L. (1979). La población universitaria de Valencia durante el siglo XVIII. *Estudis d'Historia Contemporania del País Valencià*, 1, 9-42.
- PESET, J. L. y NUÑEZ, D. (1980). Filosofía, ciencia y alquimia en la Ilustración española. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 359, 371-393.
- PESET, J. L.; HERNÁNDEZ SANDOICA, E. y GUTIÉRREZ CUADRADO, J. (1980). Teatro y política en el 98. *Senara*, 2, 187-228.
- PESET, J. L. (1985). Por una mejora de la investigación hospitalaria. *Arbor*, 471, 79-83.
- LAFUENTE, A. y PESET, J. L. (1985): Museo, o la lucha por las ciencias. *Arbor*, 474, 33-58.
- PESET, J. L. y HERNÁNDEZ SANDOICA, E. (1986). Pavlov en España. *Arbor*, 486, 47-64.
- PESET, J. L. y HUERTAS, R. (1986). Del "ángel caído" al enfermo mental: sobre el concepto de degeneración en la obra de Morel y Magnan. *Asclepio*, 38, 215-242.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E. y PESET, J. L. (1987). Laín en la Universidad de Madrid. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 446/447, 87-117.
- PESET, J. L. (1987). La naturaleza como "símbolo" en la obra de José Antonio Alzate. *Asclepio*, 39, 285-296.
- PESET, J. L. (1988). El Real Consejo de Instrucción Pública y la Restauración Canovista. *Hispania*, 48 (170), 989-1030.
- PESET, J. L. (1988) Ciencia y poder en la polémica entre Maupertuis y Voltaire. *Asclepio*, 40, 163-178.
- PESET, J. L. (1991). Política y educación en la correspondencia familiar de Philippe Pinel. *Llull*, 14, 589-602.
- PESET, J. L. (1993). Gabriel Císcar y el Sistema métrico decimal. La escuela naval militar en el cincuentenario de su traslado. *Cuadernos*

Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval, 21, 39-48.

- ÁLVAREZ, R.; HUERTAS, R. y PESET, J. L. (1993). Enfermedad mental y sociedad en la Europa de la segunda mitad del siglo XIX. *Asclepio*, 45, 41-60.
- PESET, J. L. (1995). La botánica en las expediciones científicas españolas. *Asclepio*, 47, 11-26.
- PESET, J. L. (1996). El Jardín Botánico de Madrid y sus relaciones con Francia. *Asclepio*, 48, 59-70.
- PESET, J. L. (2000). Alejandro de Humboldt, héroe y científico en la Independencia americana. *Debates y perspectivas*, 1, 55-66.
- PESET, J. L. (2001). Genio y degeneración en Gina Lombroso. *Frenia*, 1 (1), 121-128.
- PESET, J. L. (2003). Maupertuis: el viajero diseñador de nuevos mundos. *Revista de Occidente*, 260, 7-23.
- PESET, J. L. (2003). La historia de la psiquiatría vista por un historiador. *Átopos. Salud mental, comunidad y cultura*, 1 (1), 25-32.
- PESET, J. L. (2003). La revolución hipocrática de Philippe Pinel. *Asclepio*, 55, 263-280.
- PESET, J. L. (2005). Ciencia y vida: ¿Una imposible conjunción? *Asclepio*, 57, 9-21.
- PESET, J. L. (2005). Dynamis en sus 25 años. *Dynamis*, 25, 25-45.
- PESET, J. L. (2006). Salud y marginación. *Eidon*, 20, 50-56.
- PESET, J. L. (2006). *La gallina ciega*, entre la realidad y la política. *El Correo de Euclides. Anuario científico de la Fundación Max Aub*, 1, 358-370.
- PESET, J. L. (2007). Pío Baroja, ese pequeño buscador de almas. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 27-1, 161-167.
- Artículos en revistas extranjeras**
- PESET, M. y PESET, J. L. (1968). El aislamiento científico español a través de los índices del inquisidor Gaspar de Quiroga de 1583 y 1584. *Anthologica Annua* (Roma), 16, 25-41.
- PESET, J. L. (1974). La influencia del Barbadíño en los saberes filosóficos españoles. *Bracara Augusta* (Portugal), 28, 223-246.
- PESET, J. L. (1975). Y los centauros abandonaron la tierra. *Quirón* (La Plata), 6, 117-131.
- PESET, M. y PESET, J. L. (1977). Vicent Vives y la historiografía del derecho. *Ius Commune* (Frankfurt am Main), 6, 176-262.
- LAFUENTE, A. y PESET, J. L. (1981). Política científica y espionaje industrial en los viajes de Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748-1751). *Mélanges de la Casa de Velázquez* (Madrid-París), 17, 233-262.
- PESET, J. L. (1982). José Ingenieros y el nacimiento de la medicina legal en la Argentina. *Quirón* (La Plata), 13, 36-39.
- LAFUENTE, A. y PESET, J. L. (1984). La question de la figure de la terre. L'agonie d'un débat scientifique au XVIIIe siècle. *Revue d'Histoire des Sciences* (Paris), 37, 235-254.
- PESET, J. L. (1987). Historia de la ciencia e historia de la cultura. *Linguas e Literaturas* (Portugal), 1, 91-109.
- PESET, J. L. (1996). Jurists versus Doctors: the Birth of Legal Medicina in the US. *History of Psychiatry* (U.K.), 7, 299-317.
- PESET, J. L. (2003). Academias y ciencias en la Europa Ilustrada. *Península. Revista de Estudios Ibéricos* (Portugal), 0, 391-400.
- PESET, J. L. (2008). Clérigos y médicos ante la muerte. *Via Spiritus* (Portugal), 15, 2008, 21-33.